

# RECIENTE CASADOS

JANET  
GAYNOR  
—  
CHARLES  
FARRELL  
—

EDICIONES  
BISTAGNE



RECIEEN CASADOS



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## RECIEN CASADOS

Delicioso asunto, de franca aceptación, por su delicada trama

Dirigido por  
WILLIAM K. HOWARD

Es un film FOX  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



INTERPRETES PRINCIPALES:

Janet Gaynor  
y  
Charles Farrell

## Recién casados

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Los señores de Livingston estaban sentados a la puerta de su casa. Era una casita que se alzaba en la paz y el silencio de un pueblecito yanqui.

El señor Livingston leía el periódico. Su esposa cosía.

Nada alteraba la quietud del campo, en cuyo horizonte se alza-

ban las montañas, cubiertas de verdes bosques.

Todo era apacible, silencioso y rutinario en aquel ambiente. Todas las tardes del verano, a aquella hora, los señores de Livingston se sentaban a la puerta de su chalet y charlaban de las mismas cosas: del precio de los huevos, de las atre-



vidas hijas de cierto vecino y del deplorable estado económico de algún comerciante local.

De pronto, el señor Livingston, sin apartar los ojos del periódico, exclamó:

—Dick Loring se marcha del pueblo.

—No me extraña. Los muchachos cuando llegan a cierta edad, prefieren vivir en las grandes poblaciones.

—Y las muchachas también.

Del interior de la casa llegaba la música de un piano. Había cesado en aquel momento y la señora de Livingston exclamó, volviéndose hacia la ventana:

—¡Grace, toca otra pieza!

Y cuando el piano volvió a sonar, dijo a su esposo:

—¿Habla el periódico de la marcha de Dick Loring?

—Sí.

—Pues haz el favor de leerlo.

Leyó el señor Livingston:

*El joven Dick Loring, tan conocido en nuestra sociedad, partirá en breve para ocupar su puesto de ingeniero en la construcción de un nuevo ferrocarril. Según el propio interesado, disfrutará de un mag-*

*nífico sueldo. Felicitamos muy de veras al distinguido joven.*

En este momento apareció un caballero con un maletín.

—¿De quién se trata? — preguntó antes de saludar.

—De Dick Loring — repuso la señora de Livingston.

Y después, reparando en el aspecto del recién llegado, añadió:

—Parece que vienes cansado.

En efecto, estaba cansado. Su profesión era la medicina, y esto le había obligado a cruzar todo el pueblo para cumplir su humanitaria misión. Era hermano de la señora de Livingston y casi nunca dejaba pasar un día sin visitar al matrimonio.

—Sí, estoy muy cansado.

—¿Las visitas?

—Exactamente. Hay un enfermo en el pueblo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién es?

—Jaime Powell. Tiene muy mal el estómago.

—¡Todo sea por Dios!

El señor Livingston levantó la vista del periódico al oír lanzar aquella exclamación a su esposa.

—¿Qué ocurre?

—El estómago del señor Jaime

Powell — repuso la señora de Livingston.

—¿El estómago de Jaime Powell? ¿Y qué tiene eso de particular? Yo también tengo un estómago.

—¡Es que le duele, hombre!

—¡Ah!

Y siguió leyendo.

—Su peor enfermedad — dijo el doctor — es que tiene tres hijos y a ninguno de los tres le gusta trabajar.

—Y él ha de trabajar por los cuatro. ¡Ay! No es el primer caso que se da. Los hijos, ya se sabe. O son unos holgazanes, o emprenden el vuelo en cuanto cobran los primeros cuartos. Eso me pasaría a mí si tuviese un hijo varón: se marcharía de casa como se marcha ahora Dick.

—Ya se ve que estás contenta de tener una hija.

—Contentísima.

—Sin embargo, sólo piensas casarla.

El señor Livingston volvió a alzar la vista del periódico.

—¿Eh? ¿Quién se casa?

—¿Te has creído que voy a ser-

virte de intérprete? Si te interesa la conversación, atiende.

—Pero ¿quién se casa?

—Yo.

Era Grace la que había pronunciado estas palabras con gran firmeza, al mismo tiempo que salía de la casa y se situaba frente a su madre.

Grace era una joven encantadora, de bellísimos e inteligentes ojos. En sus labios campeaba siempre una sonrisa.

—Yo soy la que va a casarse — repitió.

—Ya lo sé—repuso la madre.

—Todos lo suponíamos — convino el doctor—. ¿Cómo va a quedarse para vestir santos una muchacha tan bonita como tú?

—Gracias, tío.

Y añadió:

—Lo tengo todo muy bien preparado. Una boda sin ostentación y un hogar propio lejos de aquí. ¡Qué hermoso ha de ser eso!

Sus palabras eran siempre pronunciadas con calor y vehemencia. Unía las manos y alzaba la mirada al cielo. Lo de “lejos de aquí” había impresionado vivamente a la señora de Livingston.



—¿Serías capaz de abandonar a tu madre?

El señor Livingston, que ahora atendía a la conversación, intervino:

—¿No la abandonaste tú?

—Mi caso era diferente. Mi padre sólo deseaba deshacerse de mí.

El señor Livingston se levantó.

—¡Ahora comprendo por qué era tan amable conmigo!

Y desapareció en el interior de la casa, enojado.

## II

Grace siguió exponiendo sus propósitos:

—No quiero ser una carga.

—¿Y quién te ha dicho que lo eres?

—Toda persona, cuando llega a cierta edad, debe tener su casa propia. Yo quiero poseer la mía. ¡Una casita encantadora! ¡Hijos a los que darles brillantes carreras!

—Sé modesta.

—No creo pretender nada extraordinario.

—Hija mía, tus propósitos no son

del todo mesurados. Desde luego, yo no tengo inconveniente en que te cases, pero aquí.

—¿Aquí? Eso no es romántico.

—¡Ah, vamos! Lo que buscas es romanticismo.

—Siempre he sido romántica—confesó Grace soñadoramente.

—¡Cuidado, sobrina! Es una enfermedad peligrosa que los médicos no sabemos curar.

—No tengo interés ninguno en curarme de mi romanticismo.

—Bueno, pero dime quién es el dueño de tu corazón.

—Son dos.

—¡Atiza!

—Dick Loring es uno...

La señora de Livingston torció el gesto.

—...y Tommy Tucker el otro.

La señora de Livingston sonrió satisfecha.

—Pero me encuentro en un conflicto: no sé con cuál de los dos quedarme.

—Te está bien empleado, por acaparadora.

La señora de Livingston y su hermano entraron en la casa. Grace se quedó. Llegó a los pocos momentos Dick Loring. Era un muchacho vestido con elegancia escrupulosa. Un aire de jactancia y superioridad presidía sus menores actitudes.

—¿Vive aquí una joven muy hermosa que se llama Grace?—preguntó bromeando.

—No — repuso ella en el mismo tono—. Se ha equivocado usted de casa.

—Entonces entraré.

Se echaron a reír y se estrecharon la mano.

—¿Te alegras de verme?—preguntó Dick.

—Siempre me alegro de ver a los buenos amigos.

—¿Amigos nada más?

—Por supuesto.

Entraron en la casa. En el salón estaban reunidos el doctor, su hermana y su cuñado. A todos los saludó Dick con su aire de presunción que tan poca gracia hacía a la señora de Livingston.

Dick procuró en seguida no entablar conversación general, sino dialogar a solas con Grace. No le fué difícil, pues ella se sentía un tanto coqueta aquella noche.

—He leído en el periódico que te marchas—dijo en voz alta el doctor—. ¿Adónde vas?

Dick, que era el preguntado, respondió:

—No lo sé todavía.

—Es raro. ¿No te parece, hermana?

—¡Y tan raro! Un hombre que está a punto de marcharse y no sabe adónde. No he visto en mi vida cosa semejante.

—Eso depende de la Compañía, señora de Livingston. Todavía no me han dicho dónde me mandan.



La señora de Livingston no disimuló una mueca de incredulidad.

A buen seguro que se dijo para su interior: "A otro con ese cuento."

Insensiblemente, la conversación se hizo general.

Dick había exclamado:

—Tengo ganas de marcharme. En este pueblo no puede uno llegar a ser nada.

—Pues a Tommy no le va mal aquí. Y está satisfecho.

—Prueba de que no tiene ambiciones. Para mí, esta vida pueblerina me resulta de una monotonía insoportable.

—Tommy está muy contento con su negocio.

—Evidentemente somos distintos.

—Evidentemente — convino la señora de Livingston.

Volvieron Dick y Grace a hablar

en voz baja. De pronto ella exclamó:

—Eso de ser ingeniero es muy romántico. ¡Construir puentes y grandes represas! ¡Qué hermoso y qué emocionante!

La señora de Livingston tuvo que contenerse para no decir lo que ella opinaba de todo aquello.

—Ahí viene Tommy — dijo el doctor, que le vió desde la ventana.

Y Grace se levantó y fué a su encuentro.

Este momento fué aprovechado por la señora de Livingston para decir a su esposo en voz baja:

—Grace se está poniendo imposible.

—¿Por qué?

—Pero ¿no te has enterado?... ¡Pero, hombre, tú vives en el limbo!

### III

Tommy era un muchacho cuya faz respiraba simpatía, al mismo tiempo que modestia y un poco de timidez.

No iba vestido con la elegancia irreprochable de Dick, ni tenía sus ademanes desenvueltos y un tanto presuntuosos. Por el contrario, hablaba siempre en un tono menor y su corbata se obstinaba en torcerse. Su principal atractivo era una sonrisa un poco infantil y bonachona y tenía otras dos cualidades que Grace reputaba de sobresalientes: la aventajada estatura y los cabellos rizados.

Llevaba en la mano un paquete, que entregó a Grace.

Ella lo desenvolvió al mismo tiempo que exclamaba francamente complacida:

—¡Tú siempre tan amable, Tommy!

—No tiene importancia.

Fué saludado por todos afectuosamente. La más amable con él fué la señora de Livingston. En cambio, Dick, apenas pasó de la cortesía formularia.

Grace, que era muy golosa, se alegró mucho al comprobar que eran bombones lo que contenía la caja.

Ofreció uno a Dick; pero éste lo rechazó con un gesto desdeñoso.

—¿Producto local? No me gustan.

—No he tenido tiempo de ir a la ciudad para comprarlos, como otras veces.

—A mí sí que me gustan, Tommy.



—Entonces todos satisfechos, pues para ti los he comprado.

—Muchas gracias.

—Las gracias te las he de dar yo a ti. Ya sabes cuánto me complace poder causarte una alegría, por insignificante que sea.

—¿Continuamos nuestra conversación, Grace? — preguntó Dick con el evidente propósito de prescindir de Tommy.

—¿Acaso se ha interrumpido?

—Sí.

Y al decir esto Dick miraba de reojo a Tommy.

—Pues no me he dado cuenta.

Tommy comprendió la indirecta perfectamente, pero no estaba dispuesto a hacer a su rival el más mínimo caso.

Por el contrario, siguió hablando con Grace, si no con palabras elocuentes, porque él no acostumbraba pronunciarlas, sí con aquella emoción que delataba en él al enamorado.

—Vamos a jugar una partidita de bridge — propuso la señora de Livingston.

—De ningún modo — replicó el doctor—. Esta noche tengo mucho que hacer.

Pero su hermana, que sabía lo que le gustaba el bridge y cuál era en realidad el “mucho” trabajo que el doctor tenía en aquel pueblo, donde raras veces se ponían dos personas enfermas al mismo tiempo, insistió:

—Tommy y yo queremos la revancha.

Tommy puso una cara que no era precisamente de satisfacción, pero la señora de Livingston no le hizo el menor caso.

Ya se habían sentado todos alrededor de la mesa. Sólo faltaba Tommy.

—A ver quién sale — dijo la señora de Livingston descubriendo una carta, que resultó ser el rey.

El doctor descubrió un cinco y el señor Livingston un siete.

—Sólo faltas tú, Tommy.

Pero Tommy se resistía a dejar a Grace a solas con Dick.

—¿Quieres jugar tú, Dick?—le propuso.

—¡Ca! Prefiero hablar con Grace.

La señora de Livingston volvió a llamar a Tommy y éste no tuvo más remedio que acudir a levantar su carta.

Un dos. Evidentemente, era el último en todo.

—Tú te sientas aquí —dijo la señora de Livingston, señalándole la única silla vacía.

Y Tommy comprobó que era la única que estaba de espaldas al sofá donde Grace y Dick se habían sentado.

Esto acabó de contrariarle.

—Será mejor que se siente usted aquí, señora de Livingston.

—Este es mi sitio de siempre y no quiero cambiar. Los cambios me traen mala sombra.

Ya estaban repartidas las cartas. Tommy se sentó.

—Paso—dijo, sin esperar a que los demás hablaran.

—No hables hasta que te llegue el turno—le reprochó el señor Livingston.

Y cuando le llegó el turno, volvió a decir:

—Paso.

Arrojó las cartas sobre la mesa y se levantó para formar tertulia con Grace y Dick, lo cual no hizo a éste ninguna gracia.

—¿Por qué no vienes a mirar cómo jugamos, Grace?

—No me gusta hacer de mirón.

—Pues juega.

—Tampoco. Dick se marcha pronto y he de hacerle compañía.

—Hemos de aprovechar el tiempo—dijo el ingeniero con una sonrisa.

Los esposos Livingston se habían enredado en una discusión, por motivo de que si el uno jugaba mal o era el otro el que no jugaba bien.

El doctor, como siempre, perdía.

—La verdad es — dijo Tommy, —que no hay nada como la apacible y poética vida de este pueblo.

—Para ti.

—Ya sé que tú no eres de la misma opinión. ¿Cuándo te marchas?

—Esta noche me retiraré temprano.

—Digo que cuándo te marchas del pueblo.

—Probablemente la semana que viene.

Y le volvió la espalda para seguir hablando con Grace.

—Tan poco como te gusta a ti este pueblo, y tanto como nos gusta a Grace y a mí.

—Creía que estabas jugando al



bridge — dijo Dick, sin disimular completamente su enojo.

—Ahora no juego, porque he pasado.

—Lo siento. Has perdido una ocasión de ganar.

—¿Qué estabas diciendo, Tommy?—preguntó Grace.

—Que a ti y a mí nos gusta este pueblo.

—No. A mí no me gusta.

La respuesta confundió un tanto a Tommy y alegró a Dick.

Fué llamado aquél para continuar el juego. Pero él sólo estaba pendiente de la conversación de Grace con Dick. A cada momento se volvía para mirarlos.

—¡Tres bastos! — exclamó alegremente el señor Livingston.

—Haz el favor de no hablar hasta que te toque.

—Ya veo que no te gusta que tenga tres bastos. Pues hay que chincharse.

Sonó el timbre de la puerta.

—Haz el favor de ir a ver quién es, Grace.

—Seguramente vendrán a buscarme a mí—dijo el doctor.

Grace fué a abrir. Volvió en seguida.

—Es el señor Flummer, que pregunta por ti, papá.

—Voy en seguida. Si pasa, se queda aquí toda la noche.

Y volviéndose a los jugadores:

—Esperad. Vuelvo en seguida.

—Empezaremos otra ronda — propuso la señora de Livingston.

—¡Eso quisieras tú, para reírte! Esta partida se juega, porque voy a ganarla yo.

—¡Bueno, hombre, bueno!

Dick propuso a Grace:

—Vamos un momento al portal.

—Vamos.

Esto acabó de descomponer a Tommy, que recomendó a su pretendida:

—Cuidado. Hace una noche demasiado fresca.

—No lo creas. Es espléndida a no poder más.

La señora de Livingston, comprendiendo lo que pasaba por Tommy, le ayudó, rogando a Grace:

—¡Toca algo para que cante Tommy!

—Después. He de hablar un momento con Dick.

Y salieron, dejando a Tommy sumido en un mar de inquietudes.

IV

Tommy dejó las cartas sobre la mesa y se fué a la puerta, para no perder de vista a Grace.

—No tires las cartas, Tommy. El juego sigue.

—Sí, pero yo no puedo jugar.

Ante su agitación, el doctor le hizo esta pregunta, casi profesional:

—¿Acaso te sientes mal?

Tommy vió el cielo abierto.

—Sí. Me siento mal. Me duele la cabeza.

—Ve por un poco de aspirina—ordenó el galeno a su hermana.

—No se moleste—suplicó Tommy, que no deseaba complicar tanto la cosa.

—No es molestia.

—Verás qué bien te sienta—dijo el doctor.

La señora de Livingston se fué por la aspirina. Entretanto, Dick y Grace hablaban cerca de la puerta.

—No puedo marcharme sin ti, Grace.

—Pues quédate.

—El caso es que no tengo más remedio que marcharme. Ya estoy comprometido.

—Entonces no hay solución.

—Sí, hay una. Que huyas conmigo.

—¡Bonita proposición! — exclamó Grace burlonamente.

—Nos casaremos en el pueblo más próximo. Luego vendré por ti.

—Perderás el viaje.

—Grace, piénsalo bien. De este



momento depende que seamos desgraciados o felices.

—Estoy de acuerdo. Pero como no quiero ser desgraciada, rechazo tu proposición.

Tommy no podía oír estas palabras, pero veía a los que las pronunciaban, y esto bastaba para que se sintiera presa de profunda inquietud.

—Es un dolor de cabeza un poco extraño el que tú tienes—comentó el doctor.

—En efecto — repuso Tommy, cada vez más nervioso.

Y añadió de pronto, como si necesitara descargar su pecho:

—¿Usted no ha estado nunca enamorado, doctor?

—No he sufrido nunca de ese mal tan generalizado que se llama romanticismo. ¿Y tú?

—Yo sí.

—No lo esperaba. Creí que serías un solterón como yo.

—Pues se equivoca. Estoy enamorado.

—¡Pobre chico!

—Y mi mayor deseo es casarme.

—Todo sea por Dios. ¿Quién es ella?

—No se lo digo, porque se reiría de mí.

—Me parece que ya sé quién es. ¿Grace?

—Naturalmente. ¿Cree que he estado viniendo aquí todas las noches sólo por ver a su mamá?

—Bueno, hombre. Pero eso no es para que estés tan desesperado. ¿Acaso te ha dado calabazas?

—No.

—¿Te ha dicho que sí?

—Tampoco.

—Pues no lo entiendo.

—Es que no me he declarado todavía.

—¡Acabáramos! ¡Pues sí que has aprovechado bien el tiempo!

—Pero me declararé.

—¿Cuándo?

—De esta semana no pasará.

—¿Vas a esperar una semana? Esa falta de decisión es impropia de un hombre. Grace será la primera en reprochártela.

—¿Cuándo cree usted que debo declararme?

—Esta misma noche.

—Bueno. Hablaré con su mamá.

—Es con ella con quien has de hablar.

—Eso es más grave.

—Créeme. No dejes pasar más tiempo.

—Haré lo que pueda.

Llegó la señora de Livingston con la aspirina. Tommy se tuvo que tomar una tableta para no hacerla quedar mal.

Y en aquel preciso momento regresó el señor Livingston.

—A jugar. Tengo tres bastos.

—Lo que tienes—replicó su mujer— es muy buena memoria.

Pero antes de que se sentaran a jugar, sonó el timbre del teléfono.

El doctor, que era el que más cerca estaba, se puso al aparato. Se le oyó decir:

—Es un mal síntoma. Voy en un santiamén.

Y explicó después de colgar el transmisor:

—Un caso de urgencia. He de marcharme.

—Podías quedarte a terminar la partida—insinuó el señor Livingston.

—De ningún modo. Ya te he dicho que es una cosa urgente.

—Siendo así—declaró la señora de Livingston—, no insistimos.

—¡Que tuvieras tú mis cartas, y veríamos si insistías o no!

—Eres insoportable.

—Esto es cosa de marcharse a dormir.

Habían entrado en este momento, para satisfacción de Tommy, Grace y Dick. El ingeniero comenzó a despedirse.

—¿Te marchas ya?—le preguntó el doctor.

—Sí. Tengo mucho trabajo.

—Entonces nos iremos juntos.

Salieron, mientras el señor Livingston subía la escalera, camino de su habitación, y su esposa se disponía a seguirle.

El doctor se detuvo un momento en el umbral y comenzó a decirle a Tommy por señas que aquélla era la mejor ocasión para llevar a cabo su propósito.

Esto no pasó inadvertido para Grace, la cual creyó prudente disimular, como si no hubiera visto nada.

Se retiró por fin la señora de Livingston, después de rogar a su hija que no tardara, y Grace y Tommy quedaron a solas.



V

El joven comprendió que era preciso decidirse. El doctor le había dado a entender que estaba haciendo el tonto y que a las mujeres no les gustan los hombres tímidos.

Sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió a Grace.

—Por fin podemos hablar a solas. En toda la noche no me has hecho el más mínimo caso.

—Tú prefieres jugar a la baraja.

—Te aseguro que no volveré a jugar en la vida. Esto se acabó. Yo vengo a hablar contigo y no habrá nadie que me lo impida.

Aquel tono enérgico y decidido llenó el corazón de Grace de esperanza.

—¡Qué valiente estás, Tommy! No te conozco.

—¿Que si soy valiente? ¡Ahora verás!

Y Tommy se abalanzó sobre la joven y la rodeó con sus brazos.

Ella opuso una resistencia muy débil:

—Pero ¿qué haces, Tommy?

Y él pareció volver a la realidad.

—Es verdad... Perdóname.

Grace se sintió decepcionada. Estaba visto que Tommy no era capaz de ser violento ni siquiera como un mosquito.

Decidió tirarle de la lengua.

—¿Qué te estaba diciendo mi tío por señas?

—No sé. No me he fijado.

Comprendió Grace que estaba a punto de perder aquella ocasión y decidió jugarse hasta la última carta.

—Vamos a dar un paseo. La noche está espléndida.

Salieron al jardín. El ambiente, los ojos de Grace y el recuerdo de los consejos del doctor decidieron a Tommy a hacer la confesión de que era un romántico.

—¿Un romántico tú? ¡Nunca lo hubiera creído!

—Pues, sí, soy un romántico.

—Pues es raro que no tengas algún amor. Amor y romanticismo son una misma cosa.

—¿Y quién te ha dicho que no lo tengo?

—¿Lo tienes?

—Sí. ¡Y qué amor tan profundo, Grace!

—Pero, hombre, ¡qué callado lo tenías!

—Hasta esta noche. Esta noche estoy decidido a hablar.

—Me parece muy bien. Entonces dime: ¿quién es ella?

Tommy vaciló un momento. Por fin repuso:

—Pues... eres tú.

—¿Yo?...

Grace lanzó un suspiro. ¡Gracias a Dios que había conseguido que se lanzara!

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Creí que tú lo sabías.

—Aunque lo hubiera sabido, si tú no me decías nada, era como si no lo supiera.

—Es verdad. Creo que soy un poco torpe para estas cosas... En cambio, Dick... Yo quisiera ser como él, pero no puedo. Cada uno es como es.

—Indudablemente. Pero, vamos a ver, Tommy: ¿me quieres mucho?

—¿Que si te quiero? ¡Más que a mi vida, Grace!

—Gracias, Tommy.

—¿Te alegras?

—Me siento orgullosa de que me quiera un hombre como tú.

—¡Oh, Grace! ¿Qué dices? Acabas de darme la felicidad en dos palabras. Dime: ¿te casarías conmigo si me dijeras que sí?

—Ten presente que todavía no te he dicho que sí.

—Pues dilo. Lo espero ansiosamente.

—Bien. Supongamos que lo he



dicho y que estuviéramos prometidos. ¿Te comprometes a que nos vayamos del pueblo tan pronto como nos casemos?

—¿En viaje de novios?

—No. Para siempre.

—¿Para siempre? ¿No sería lo mismo que hiciéramos un viajecito de vez en cuando?

—¿Viviendo aquí?

—Digo yo.

—No acepto. No quiero vivir en esta aldea.

—Bien. Nos marcharemos a vivir a otra parte. Pero ten presente que habré de abandonar mis negocios.

—¿Por qué? ¿Acaso los negocios sólo pueden hacerse en este pueblucho?

—Desde luego, los negocios pueden hacerse en cualquier parte. Nos marcharemos donde quieras. ¿Qué te parece la ciudad de Joplin, en el estado vecino?

—Me parece muy bien.

—Pues nos marcharemos a Joplin. Allí venden un negocio.

—¿De veras, Tommy? ¡Qué feliz soy!

bre los de Grace.

—¿Aun marchándote de aquí?

—¿Cómo no, si me voy contigo?

—¡Gracias, Tommy!... Y ahora te voy a decir una cosa. Dick ha pedido que huyese con él esta noche y hemos reñido.

Tuvo Tommy un gesto de decepción.

—¿Entonces lo haces por vengarte de él?

—No, Tommy. Lo hago porque te quiero.

—¿De veras?

—¿No ves lo contenta que estoy?

—¡Oh, Grace! Esta noche es la más feliz de mi vida.

—Es tarde. Debemos separarnos.

Se habían detenido a la puerta del jardín.

—Entonces — preguntó Tommy —, ¿estamos prometidos?

Y Grace repuso con un gesto lleno de picardía:

—Todavía no hemos sellado el pacto.

Tommy comprendió lo que aquello quería decir y, en un arranque de decisión, depositó sus labios sobre los de Grace:

—Ahora estamos prometidos

formalmente — dijo ella riendo, cuando el largo beso hubo terminado.

Y echó a correr hacia la casa con aquella gracia de avechilla que había en su cuerpo ligero y gentil.

## VI

Los preparativos para la boda. Todas las amigas de Grace—es decir, todas las jóvenes del pueblo—habían sido invitadas a la fiesta que los padres de la futura esposa ofrecían la víspera del casamiento, siguiendo la costumbre local.

Grace, muy contenta y emocionada, mostraba a sus amigas los múltiples regalos que había recibido.

La señora de Livingston iba de un lado a otro con ese nerviosismo que sienten todas las madres cuando llega para sus hijas momento tan decisivo.

Entró en la habitación donde es-

taba reunida Grace con sus amigas.

La novia exclamó dirigiéndose a su madre:

—¡Qué feliz soy!

Y la señora de Livingston tuvo una sonrisa que resultó una mueca.

—¿Están listos los helados? — preguntó Grace.

—Si no están debe de faltarles muy poco.

Y salió a la terraza, donde su marido, en mangas de camisa, daba vueltas a la manivela de la heladora.

Iba a preguntarle por el estado de los helados, pero en vez de eso



hizo un puchero y se echó a llorar.

—¿Qué pasa?—preguntó el señor Livingston.

—¡Que dice que es muy feliz! ¡Qué dolor!

Y se alejó gimoteando.

Llegó Tommy, nerviosísimo. Aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hablar con Grace a solas.

—Mira, Grace.

Y le mostró el anillo matrimonial.

Ella exclamó sinceramente emocionada:

—¡Es precioso, Tommy! ¡Has tenido mucho gusto!

—¿Sí? Me alegro. No esperaba haber acertado.

—¿Por qué?

—¡Estoy tan nervioso!... ¿Tú no estás nerviosa?

—Un poquito.

—¿Un poquito nada más?

—No me gusta exagerar las cosas

—Si tú estuvieras en mi lugar, veríamos.

—¿Acaso el mío no es igual que el tuyo?

—No.

—¿En qué se diferencian?

—En que yo me voy a casar con la más encantadora de las mujeres.

—Y yo con el más simpático de los hombres.

—Lo que acabas de decirme me ha puesto más nervioso todavía.

—Pues estamos aviados. Será cosa de no hablar.

—Oye. Lo mejor es que te ponga el anillo. Mañana no voy a poder.

—Yo te ayudaré.

Al día siguiente se casaron. La boda no fué tan modesta como Grace se había propuesto que fuese.

\* \* \*

Ya estaban en la ciudad.

Iba Tommy a entrar en su despacho, cuando se encontró con el dueño de la casa.

—Buenos días, señor Tucker. ¿Podría abonarme algo a cuenta del alquiler?

—¿Cuánto le debo?

—Pues verá usted. Lleva once meses aquí y me debe cinco.

Tommy comenzaba a pensar qué disculpa le daría, cuando apareció el señor Barstow.

Entonces adoptó una actitud en la que la superioridad se mezclaba a la indiferencia:

—Descuide, que todo se arreglará satisfactoriamente.

Y tendió la mano al recién llegado:

—¿Qué tal, señor Barstow? Pase, pase; está usted en su casa.

El iba a entrar en el despacho detrás del señor Barstow, pero el casero le detuvo:

—Usted ha dicho que se arreglará, pero ¿cuándo?

—Pronto, hombre, pronto. No se preocupe. Deje el asunto en mis manos y le prometo que conseguirá lo que desea.

Y entró en el despacho, dejando al casero sumido en la mayor estupefacción.

¿Que dejara el asunto en sus manos?

Pues claro que lo dejaba. ¿En qué manos lo iba a dejar si era él quien tenía que pagarle?



\* \* \*

Tommy invitó al señor Barstow a que se sentara. Había adoptado una actitud un tanto napoleónica que contrastaba con su natural apocada.

—¿Qué le trae de bueno por aquí, señor Barstow?

—¿A qué vamos a andar con rodeos? Usted sabe tan bien como yo qué es lo que me trae por aquí.

—¿Viene acaso a hablarme de los terrenos?

—Naturalmente. Vengo a tratar sobre el precio.

—¿Sobre el precio? Recuerde que hemos tratado ya.

—Hemos tratado sobre un precio que no conviene a la compañía.

—Pues ese es el único que me conviene a mí.

—¿Es su última palabra?

—Ya le dije que sí.

—En ese caso me temo que no haremos nada.

—Yo creo lo contrario. Ustedes necesitan esos terrenos para tender la nueva línea de ferrocarril.

—Pero la compañía no puede pagar ese precio. Me ha encargado a mí del asunto y puedo asegurarle que no lo pagará.

—Pues no tendrá mis terrenos.

—¿Qué le vamos a hacer!

Y el señor Barstow se dirigió a la puerta tras unas palabras de saludo.

Tommy tuvo que salir de su indiferencia para preguntar:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pero ¿no cenamos con usted esta noche?

—¡Es verdad! Lo había olvidado.

—Mi esposa y yo tendremos mucho gusto en compartir la mesa con ustedes.

—Nosotros estamos encantados de que vengan a honrarnos con su compañía.

—Entonces hasta luego.

—Hasta luego, señor Barstow. Supongo que recordará la dirección.

—La tengo apuntada.

—Pues lo dicho: tendremos mucho gusto en recibirles a las siete y media.

## VII

Apenas se hubo marchado el señor Barstow, Tommy acudió al teléfono para reparar su olvido.

—Oye, Grace. Se me olvidaba decirte que esta noche tenemos invitados.

—No invites a nadie. No estamos en condiciones de...

—Ya no hay remedio, porque están invitados.

—¡Válgame Dios! ¿Algún amigo de confianza?

—No, Grace. El matrimonio Barstow.

—¿Son personas distinguidas?

—Distinguidísimas.

—¡La *débâcle*! Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre invitar a nadie sabiendo como estamos?

—Cualquiera que te oyera creería que vivimos en una cueva.



—No quiero decir eso. Es que en casa no hay nada para preparar una buena cena.

—Las mujeres siempre exageráis. Estoy seguro de que podrás preparar una comida que nuestros invitados se irán chupando los dedos.

—Haré todo lo que pueda. Pero hay un segundo problema.

—¿Cuál?

—¿Quién va a servir la mesa?

—Busca a alguien. No te será difícil encontrar a una mujer.

—Bueno. Haré todo lo posible para encontrarla. Adiós... ¡Ah! se me olvidaba. ¿A qué hora les has dicho?

—A las siete y media.

—¡Pero si apenas hay tiempo para nada! ¡Pobre de mí!

Por medio de una vecina mandó un recado a una mujer que había ido otras veces a ayudarla en las tareas de la casa. Bien aleccionada, podría servirle para el difícil trabajo de servir la mesa.

Pero he aquí que momentos después se presentó una joven negra con el cesto de la compra en la mano.

—¿Está la señora de Tucker?

—Soy la misma.

—Pues vengo a decirle que mi mamá no puede venir.

—¿Quién es tu mamá?

—La mujer a quien usted ha enviado recado de que viniera.

—¡Pues buena la hemos hecho! Es preciso que venga.

—No puede venir de ningún modo. Tiene miserere.

—¿Miserere? ¿Qué es eso?

—Una enfermedad que le da por dormir mucho.

—Pues ve a decirle que si no viene me pondrá en un verdadero conflicto.

—No es necesario que me moleste porque sé que no ha de venir. Mi mamá no va a ninguna parte cuando tiene miserere. Le dirían que yo me estoy muriendo y se quedaría en la cama.

La negrita hablaba arrastrando las sílabas con esa parsimonia que es peculiar en la gente de color.

Con su tranquilidad contrastaba el nerviosismo de Grace.

De pronto surgió una idea luminosa en la mente de ésta. Substituiría a la madre de la negrita por su propia hija.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

—Hattie.

—¿Trabajas fuera de casa?

—De vez en cuando.

—¿Qué faenas haces?

—Lavo ropa.

—¿Sabes servir la mesa?

Hattie tuvo un gesto ambiguo.

—Lavar es mi fuerte.

—¿Quieres quedarte a servir mi mesa esta noche?

—No puedo. Tengo que llevarle esto a mi madre.

Y señalaba el cesto que llevaba en la mano.

—Luego se lo llevarás. Sólo te necesito para una hora.

—Si es sólo para una hora, bueno.

Grace vió el cielo abierto.

Entró en la cocina y reapareció al punto con un mandil en la mano.

—Ponte este delantal y escucha las instrucciones que voy a darte.

Hattie se puso el delantal y se dispuso a recibir la lección.

—Quiero la mesa muy bien servida—fueron las primeras palabras aleccionadoras que pronunció Grace.

—Es natural, señora de Tucker.

—Vamos a ver: ¿de qué lado se sirve?

—Del que está más cerca.

—¡No, mujer! Hay que servir siempre por el lado izquierdo. ¿Comprendido?

—Sí, señora.

—A ver.

Grace se sentó a la mesa y preguntó:

—¿Por qué lado me servirías?

—Por el izquierdo.

—Haz como si me sirvieras.

Hattie se acercó a Grace por el lado derecho.

—¡No, mujer! El lado izquierdo es éste.

—Ya le decía yo que mi fuerte es lavar la ropa. Lo mejor será que no sirva la mesa.

Ya iba a quitarse el delantal. Grace la detuvo.

—¡No te desanimes, mujer! ¡Ya aprenderás!

Cogió una taza del aparador.

—¿Para qué es esta taza?

—Para café.

—No, mujer. ¿No ves que tiene dos asas?

—Pero no se bebe por las asas.

—Esta taza es para *bouillon*.

—¿Para qué?

—Para sopa y sólo para sopa.



—¡Ah!

—Ahora, vamos por el orden en que hay que servir los platos. Primero el melón. Luego la sopa. Después de la sopa la carne y todo lo demás. El café es lo último que se sirve. Vamos a ver, ¿qué servirías primero?

—La sopa.

—No, mujer, el melón. ¿Y después?

—La carne.

—¿Cómo la carne? ¡La sopa!

—Eso, la sopa. Y después el café.

—¡Hija mía, no aciertas una! El café después de todo.

—Es verdad: el café después de cada cosa.

—¡No, mujer! Sólo una vez, al final de la comida. ¿Es que no has servido nunca una mesa?

—Sí, señora. Pero lavar es mi fuerte. Por eso le digo que lo mejor sería que me fuera.

—¿Qué interés tienes en marcharte? Quédate. Todo se arreglará. Entra en la cocina y allí terminaré de aleccionarte.

VIII

Cuando entró la negrita en la cocina, Grace se dedicó a poner la mesa, sacando del aparador lo mejor que tenía en loza, cristal y mantelería.

Llegó Tommy muy contento.

—¡Hola, vidita! Estamos de enhorabuena—dijo mientras la abrazaba.

—¿Crees que puedo estar de enhorabuena siendo ya las siete y poniéndolo todo por hacer?

—Pero ¿y la mujer que tenía que venir a ayudarte?

—No ha podido venir. Tiene miserere.

—¿Miserere? ¿Qué es eso?

—Pues no lo sé. Pero debe de ser algo muy malo, porque cuando tiene miserere no hay quien la ha-

ga levantar de la cama. Menos mal que ha venido su hija.

—Ya que tienes tanto trabajo, te ayudaré.

Pero las dos o tres cosas que hizo las hizo mal y Grace acabó por decirle que era mejor que no la ayudara.

Cuando estuvo la mesa puesta, Tommy intentó hablar unos momentos con su mujercita, pero ella le suplicó:

—Déjame. ¿No ves que tengo mucho trabajo?

—Bueno, mujer. Todo se hará. Hoy estás que no se te puede dirigir la palabra.

—¿Cómo estarías tú si te vieras en mi caso?

—Pues estaría tan tranquilo,



porque sabría que los Barstow habrían de perdonarme.

—Ella no perdonaría una cena mal servida.

—La verdad es que las mujeres sois raras.

—Lo que yo digo es que podía- mos haber cenado en un restau- ran- te.

—Esta vez no podía ser. Convie- ne que Barstow cene aquí. Cosas de negocios, ¿sabes?

—Unas veces por pitos y otras por flautas, nunca te acuerdas de qué a mí me gusta comer fuera de casa de vez en cuando.

—Eso tiene fácil arreglo. Maña- na iremos a un restaurante.

—Veremos si cumples lo que me prometes.

—Pues te voy a explicar...

—Ahora no me expliques nada. Anda a vestirme.

—¿Acaso no estoy vestido?

—Quiero decir que te pongas el traje de etiqueta.

—¡Pero si éste está bien!

—Para un caso así, no. Es pre- ciso hacer buena impresión.

—Pero ¿tú sabes lo incómodo que es el traje de etiqueta?

—Es preciso, Tommy. Y haz el favor de no perder tiempo.

Tommy se resignó. Cuando él se marchaba a su habitación, salió Hattie de la cocina.

—Ya tengo la ensalada prepara- da.

—Perfectamente. Ahora corta los melones.

—¿Con el cuchillo?

—Si te parece, coge el serrucho.

—Ya le decía a la señora que mi fuerte...

—Es lavar. Lo sé de memoria. Pero ahora ve a cortar los melo- nes. Se cortan en redondo y en sen- tido horizontal.

—¿Horizontal es de arriba aba- jo?

—No, mujer. Horizontal es de iz- quierda a derecha.

—¿En rebanadas?

—No. En dos mitades.

Y la negrita entró en la cocina repitiendo en voz baja:

—Horizontal. De derecha a iz- quierda. En dos mitades.

Reapareció Tommy en mangas de camisa.

—¿No tengo otra camisa?

—¿Qué le pasa a ésa?

—Que no me la puedo abrochar. Tiene tres hojales y sólo dos boto- nes.

—De eso tienes tú la culpa.

—¿Yo?

—Sí. La semana pasada me re- ñiste por la ropa y he decidido no tocarla desde entonces. Me limito a arreglarla.

—No es verdad que te riñera.

—¿Tendrás valor de negarlo?

—Bueno, no te enfades. Yo te- nía otra camisa. ¿Dónde está?

—Si no está en el cajón se la ha llevado la lavandera.

—Entonces iré sin camisa.

—¿Te has empeñado en poner- me nerviosa?

—¡Dios me libre!

Salió Hattie a preguntar qué de- bía hacer.

—¿Ya están preparados los me- lones?

—Sí, señora; pero uno no sirve. Está pasado.

—¡Dios mío!

—¿Por qué te desesperas?—in- tervino Tommy—. Que corte otro y en paz.

—No sé cómo va a cortarlo, si no hay más que dos.

—¿No has pensado en comprar más?

—Ya te he dicho que en casa no había nada.

—Puede ir a comprarlos ahora.

—No sé dónde. Todo está cerra-

do. ¡Bien me ha engañado ese bri- bón! Me dijo que en mi vida había comido melones como los que me daba.

—Querría decir tan malos.

—Hay una solución. Hattie: las dos mitades del bueno para los in- vitados. Al señor le sirves una mi- tad del malo y yo no como melón.

—Buena idea. Ahora te ruego que me arregles la camisa.

—¿A quién quieres que atienda, a Hattie o a ti?

—Está bien. Me arreglaré como pueda.

Se volvió a marchar.

—Prepara las legumbres—dijo Grace a la negrita—. Después te diré lo que has de hacer.

—Es que sólo hay una fuente para las legumbres.

—Yo te proporcionaré la otra.

Buscó entre la vajilla del apa- rador y extrajo una preciosa fuen- te de porcelana.

Hattie quedó asombrada al ver- la.

—¡Qué bonita! Es lástima man- charla.

—Ve a arreglar las legumbres y no te preocupes de eso.

Apenas entró en la cocina se oyó



un ruido inconfundible de porcelana que se hace trizas.

Grace se llevó las manos a la cabeza. Acudió Tommy.

—¿Qué pasa?

—¡Mi regalo de bodas!

—¿Roto?

—No. Hecho pedazos.

IX

Se levantó Grace y salió del comedor con paso nervioso.

—¡Hoy todo nos sale al revés!

—No lo creas—repuso Tommy, que iba tras ella—. Hoy estamos de suerte.

Grace se detuvo.

—¿Te burlas?

—Nunca he hablado tan serio. Tengo que darte una buena noticia.

—¿Qué es?—inquirió Grace con súbita curiosidad.

—Luego te lo diré. Ahora ve a preparar las cosas. Los señores de Barstow llegarán de un momento a otro.

—¿Esperar tratándose de una buena noticia? No me moveré de aquí si no me dices de qué se trata.

Comprendió Tommy que Grace hablaba en serio y decidió contárselo todo.

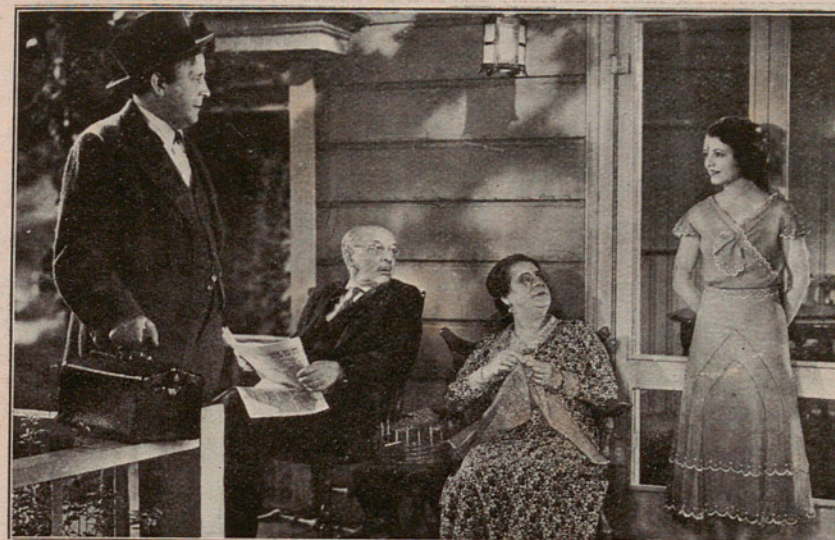
—Pues has de saber que vamos a ser ricos.

—¿Ricos? ¿Quién se ha muerto?

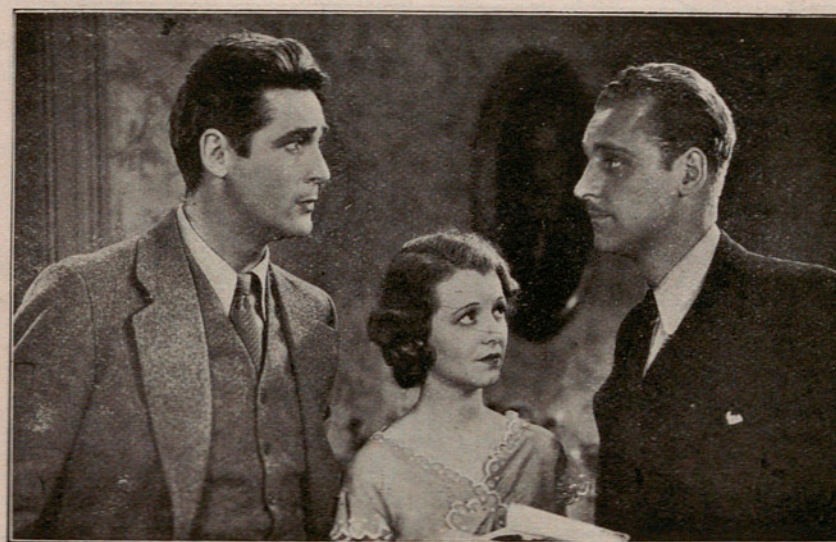
—No se trata de ninguna herencia, sino de un negocio.

—¿De un negocio tuyo?

—Sí. ¿Te acuerdas de los terrenos del parque de recreo?

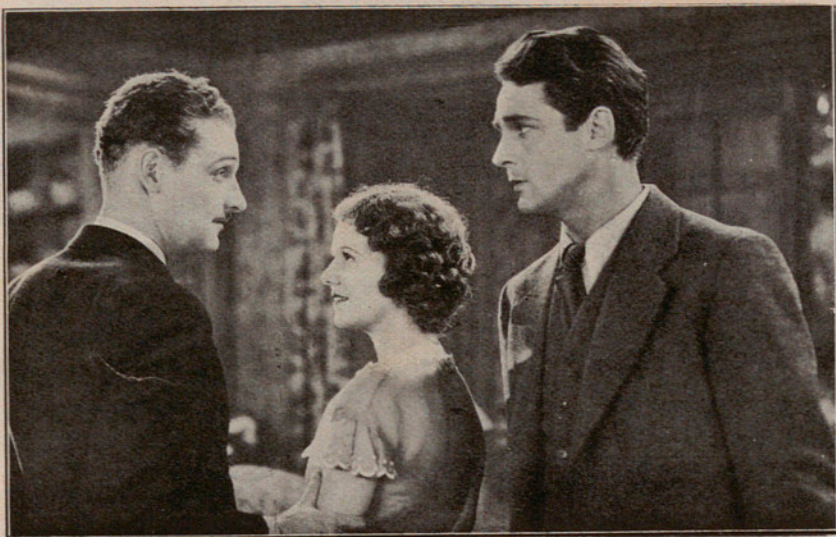


—Yo soy la que va a casarse.



—¿Quieres jugar tú, Dick?





—Hemos de aprovechar el tiempo.



—Haré lo que pueda.



—¡Tres bastos!



—Pero ¿qué haces, Tommy?

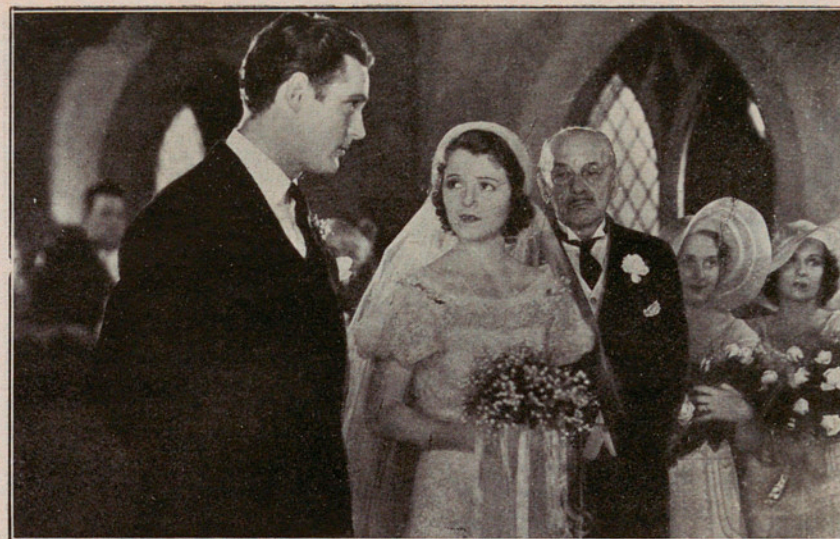




—¡Y qué amor tan profundo, Grace!



...mostraba a sus amigas los múltiples regalos...



...se casaron.

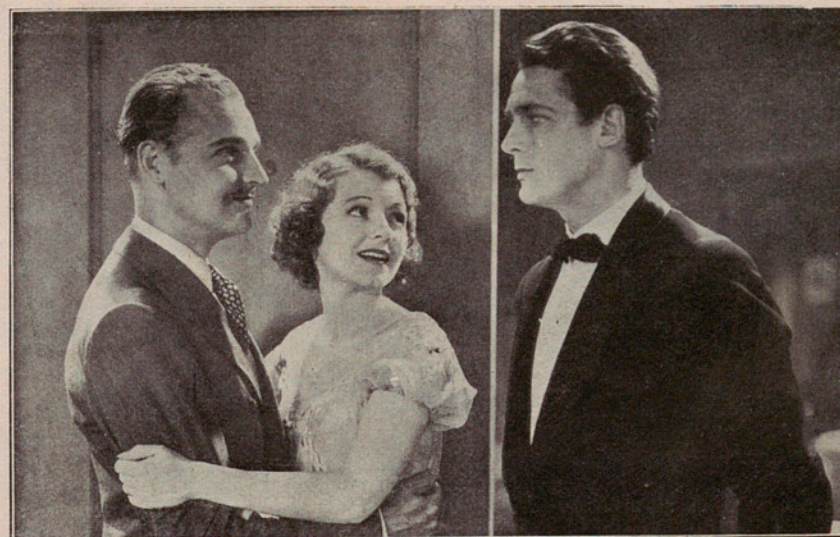


—¿No tengo otra camisa?





Hattie, siguiendo al pie de la letra las lecciones de Grace, fué a abrirles.



...no le hizo ninguna gracia la llegada inoportuna de su ex rival...



Se sentaron a la mesa.

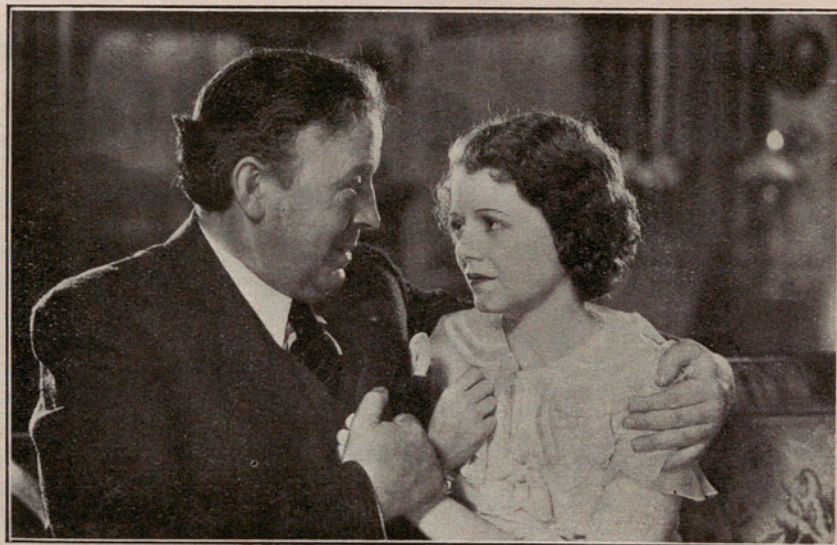


—Si te vas de esta casa, será para siempre.





Estaba Grace pensativa...



—Tengo que decirte una cosa, tío.

## R E C I E N C A S A D O S

—¿Aquellos que tú compraste por cuatro cuartos?

—Los mismos. Ahora los necesita una compañía de ferrocarriles para tender una nueva línea y me los tendrán que comprar.

—¡Comprendido! — exclamó la esposa entusiasmada—. ¿Y qué tiene que ver Barstow con todo esto?

—Es el encargado por la compañía de hacer la compra.

—¿Y crees que los comprará?

—No tiene más remedio. Esta noche expira el plazo que le he dado para contestarme. Y me contestará que sí, porque no puede contestarme otra cosa.

—¡Eso es maravilloso! ¿Cuánto has pedido?

—A ver si lo aciertas.

—¡Qué sé yo!

—Haz un cálculo.

—¿Diez mil dólares?

—¡Cien mil!

Grace tuvo una mueca de estupor.

—¡Qué atrocidad!

—Y tendrán que pagármelos.

—¡Oh, Tommy! ¡Razón has tenido al decir que estamos de suerte! ¡Eso representa joyas, vestidos, viajes! ¡Londres, Nueva York!

—¿Comprendes ahora por qué

he economizado tanto? Necesitaba hasta el último céntimo para acabar de pagar los plazos de los terrenos. Ahora no tenemos un céntimo, pero mañana seremos ricos. Hasta tus bonos de la Libertad he tenido que canjear.

—¿Mis bonos también? — preguntó Grace, menos entusiasmada.

—Me dijiste que en un caso de verdadera necesidad podía disponer de ellos. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí. Me acuerdo. Has hecho muy bien, si es verdad que vamos a ser ricos.

—¡Qué duda cabe!

Grace premió el genio mercantil de Tommy con un abrazo y fué a cambiarse de ropa, mientras él se dirigía al comedor.

Allí se tropezó con Hattie, que salía cautelosamente de la cocina, con el sombrero y el abrigo puestos.

La detuvo.

—¿Dónde vas? Están a punto de llegar los invitados.

—No puedo estar aquí un minuto más. He roto la fuente de la señora y temo que se entere.

—¡Pero si ya se ha enterado!

—No importa. Me marcharé antes de que me riña.



—¡Bah! No va a reñirte por eso. Pero Hattie insistía en marcharse y Tommy tuvo que recurrir a otros argumentos.

Le entregó dos dólares.

—Toma esto, además de lo que te dé la señora, y quédate.

Una vez estuvo Hattie convencida hasta el punto de que volvió a quitarse el sombrero y el abrigo, Tommy empezó a sacar del aparador las copas de licor.

—¿Para qué sacas esas copas? — preguntó Grace entrando en el comedor en aquel momento.

—Para preparar un cóctel.

—¿De qué?

—De ginebra, que es lo único que tenemos.

—¡Pero si la única botella que había se la mandé a la madre de Hattie para animarla a venir!

—¡Pues buena la hemos hecho!

—Si quieren ginebra—intervino la negrita echando mano a su cesto y sacando una botella sin des-

corchar—, aquí tengo yo. La compré para el miserere de mamá.

—¡Eso es la salvación! Trae la botella.

Se había llevado la mano al bolsillo y había sacado un dólar.

Hattie protestó:

—No puedo consentir que usted me la pague después de lo bueno que ha sido conmigo.

—Eso no importa.

—Entonces deme un dólar.

Se lo entregó Tommy y le preguntó:

—¿Qué clase de cócteles sabes hacer?

—Uno muy bueno que se llama "flor de naranja". Se echa media naranja y un litro de ginebra y después ve uno flores y todo.

—Pues haz dos no muy fuertes: uno para la señora y otro para mí.

—Comprendido. Dos buenos y dos no tan buenos.

Y desapareció en la cocina con la botella en la mano.

X

Sonó el timbre de la puerta. Eran los señores de Barstow. Hattie, siguiendo al pie de la letra las lecciones de Grace, fué a abrirles. Así los visitantes creerían que los visitados tenían criada.

—¿Los señores de Tucker?

—Aquí es. Pasen ustedes y descansen un momento. Voy a avisarles.

Los pasó al saloncito, que era lo mejor de la casa, e hizo como que iba a avisar a los señores, cuando, en realidad, estaban éstos ocultos y esperando el momento de salir.

—¡Vaya una facha de doncella! —fué el primer comentario de la señora de Barstow apenas quedaron solos.

—Tú a todo le encuentras defectos.

—Me limito a ser franca.

—Pues a mí me parece un pisito muy mono.

—Para no pagar al casero, no está mal.

—¡Cuidado que eres critica!

El señor Barstow se detuvo ante un retrato de Grace.

—Mira qué joven tan bella. Debe de ser la esposa de Tucker.

—Algo bueno tenía que haber en esta casa.

En este momento se presentaron Grace y Tommy.

—Perdonen que les hayamos hecho esperar.

—El tiempo nos ha parecido brevísimo contemplando el retrato de esta dama tan bella—repuso el señor Barstow con su habitual galantería.



—En efecto—repuso Tommy—. Todo el mundo dice que mi mujer es muy bonita .

—¿Hace mucho tiempo que están casados?

—Un año.

—¡Bah! Unos niños.

—No, señora. No tenemos niños todavía.

La señora de Barstow no pudo contener la risa, para la que tuvo que buscar un falso motivo su prudente esposo.

Pasaron al comedor.

—¡Huelo a licor!—dijo el señor Barstow.

Tommy le guiñó un ojo.

—Es que la cocinera ha preparado unos cócteles exquisitos.

—Ha sido una buena idea.

Llamó Grace a Hattie y ésta sacó cuatro copas de cóctel en una bandeja.

—¿Cuáles son los más flojos?—preguntó Tommy.

Y dió la siguiente explicación a su pregunta:

—Es que como nosotros no estamos acostumbrados a beber, nos mareamos fácilmente.

A la señora de Barstow no le hizo mucha gracia que confundieran su garganta con la de un bebedor,

pero su marido impidió que hiciera el menor comentario ofreciéndole una copa.

La señora de Barstow se atragantó, tosió y lagrimeó. En cambio, su esposo saboreó hasta la última gota con expresión de deleite, y exclamó:

—¡Exquisito!

—No sé lo que va a ser de ti cuando se consiga la abolición de la ley seca—comentó su esposa.

Grace, que estaba atenta a los menores movimientos de Hattie en la cocina, invitó a los señores de Barstow a pasar al comedor, diciendo que la cena estaba ya servida.

Se sentaron a la mesa y esperaron en vano a que saliera Hattie.

Cada segundo que pasaba era para Grace un siglo de sufrimiento.

Tommy acabó de echarlo a perder diciendo:

—¿Por qué no llamas a Hattie, Grace?

—Porque tienes el timbre a tu lado.

Y como al mismo tiempo le hizo un guiño significativo, el confuso fué ahora Tommy, al tener que buscar un timbre que no existía.

Menos mal que en aquel momen-

to la puerta se abrió y apareció Hattie.

Llevaba en las manos una bandeja con las tazas de sopa y dirigía a Grace una mirada interrogadora.

El ama de casa se puso de todos colores y comenzó a decir por señas a Hattie que no era aquél el plato que correspondía. Pero como decir esto por señas era muy difícil, la negrita no la comprendió y ya se disponía a servir la sopa.

Grace tuvo que decirle claramente:

—¿Te has olvidado del melón, Hattie?

Hattie puso una cara de angustia que daba pena y volvió a la cocina con la sopa.

“Dios quiera que no le dé por marcharse”, pensó Gracc.

Y dijo en voz alta, para disculpar a Hattie:

—La pobre tiene a su madre enferma y está muy preocupada.

Salió la negrita con el melón. De acuerdo con las instrucciones de Grace, sirvió las dos mitades del melón bueno a los invitados y una mitad del malo a Tommy.

—¿Usted no come melón, señora Tucker?

—No. Me lo ha prohibido el médico.

—¿Será posible que esté usted a dieta con semejantes líneas?

—No es por eso, señora de Barstow. Es que el melón me sienta mal.

—¡Ah! Ya decía yo.

El señor Barstow, entretanto, devoraba el melón con verdadero apetito.

—¡Pero, hombre, te vas a atragantar!—le reprochó su esposa.

—Es que me encanta el melón.

Tommy y Grace se miraron. No era cosa de ofrecerle más, pues se exponían a que dijera que sí y entonces tendrían que darle la otra mitad del malo, que por cierto era pésimo, según había podido comprobar Tommy.

Todo esto representaba un verdadero martirio para Grace, que tenía la preocupación de quedar bien ante sus distinguidos visitantes.

La señora de Barstow seguía asestando a su marido:

—Que te guste el melón, pase. Lo que no comprendo es que te pires por el maíz tostado.

Y preguntó a Grace:

—Hay mucho maíz en este pueblo, ¿verdad?



—No lo sé, porque no soy de aquí.

—Me alegro. Así podré decir francamente que no he visto nada más aburrido que este pueblucho.

—Nosotros siempre estamos de viaje—dijo Grace dándose importancia.

—Eso es lo que a mí me gusta: viajar.

—¡Como que debías haberte ca-

sado con un maquinista!—comentó el marido.

—Acaso hubiera tenido más suerte que casándome contigo.

—Ya me extrañaba a mí que no me hubieras echado ningún piropo todavía.

Y en seguida desvió la conversación por el terreno que le interesaba, es decir, hacia el asunto de la compra de los terrenos.

XI

—Esta tarde volví a pasar por su oficina.

—Siento no haber estado.

—¡Por Dios!—protestó la señora de Barstow—. No se pongan a hablar de negocios.

—¡Pero si es muy interesante!

—dijo la señora de Tucker.

—¿Interesante? Usted no cono-

ce a mi marido. Cuando mi marido se pone a hablar de negocios, es cosa de echar a correr.

—Pero hay negocios interesantes. En alguna de esas empresas mercantiles hay tanta emoción como en una bella aventura.

—Será en otros negocios, pues lo que es en los de mi marido...

—¿A qué se dedica, si no es indiscreción?

—A la compra y venta de terrenos—explicó el interesado—. Ahora estoy encargado por la compañía del ferrocarril de hacer aquí ciertas adquisiciones.

—Tommy tiene unos terrenos en los cuales podría hacerse una estación muy bonita. Tienen una situación estupenda.

—Nosotros no compramos propiedades porque sean bonitas. Conozco perfectamente los terrenos de su esposo.

—¿De veras?

—Sí. La compañía los necesita.

—¿Acaso piensa comprarlos?

—Sí. Estoy decidido a cerrar el trato.

Y añadió, volviéndose a Tommy:

—Su proposición está aceptada, amigo mío. Le pagaré el precio que usted quiere.

Tanto a Tommy como a Grace les fué difícil contener su alegría.

Con la excusa de ofrecer al señor Barstow más agua, Grace se levantó y Tommy y ella se estrecharon la mano disimuladamente.

En este momento llamaron a la puerta.

—¿Quién será?—preguntó Grace extrañada.

Ella misma fué a abrir y se dió de manos a boca con Dick.

Lanzó Grace una exclamación de alegría:

—¡Hola, hombre! ¡Quién iba a esperarte!

Se estrecharon la mano.

A Tommy, en cambio, no le hizo ninguna gracia la llegada inoportuna de su ex rival, y menos al ver la expresiva cordialidad con que Grace le recibía.

Lo presentó ésta a sus invitados y le ofreció una silla, que colocó al lado de la mesa.

El señor Barstow se retiró un poco para dejarle sitio.

—No se molesten. Sigán ustedes cenando.

—No es molestia.

—¿Cuándo has llegado? — le preguntó Grace.

—En este momento.

—¡Sí que te has dado prisa en venir a visitarnos!—comentó Tommy.

—La madre de Grace me dió la dirección y me ha faltado el tiempo para venir.

—¿Cómo están papá y mamá? —preguntó Grace.



—Muy bien. Tu tío está de viaje.

—¡Qué felicidad poder recibir noticias de casa!

Y explicó a los señores de Barstow:

—Dick es como de la familia.

—Eso es—convino éste—. *Casi* de la familia.

—Pero se quedó en el *casi* —comentó Tommy con una sonrisita burlona.

Grace intervino, para evitar la respuesta de Dick:

—Bueno, hombre, ¿y qué es de tu vida?

—He tenido varias colocaciones desde que salí del pueblo—repuso Dick con jactancia.

—Por lo visto, no te duran mucho—repuso Tommy.

—No me duran mucho porque yo las dejo para coger otra cosa mejor.

—¿A qué se dedica?—preguntó el señor Barstow.

—Soy ingeniero y ahora me ocu-

po de la construcción de ferrocarriles.

—También el señor Barstow anda en eso de los ferrocarriles—dijo Grace.

—¡Ah! ¿Sí? Soy el ayudante de Beckel.

—Le he oído nombrar.

—¡Siempre dije que Dick tendría éxito!—comentó Grace.

—Los éxitos los maneja Dick muy bien—repuso Tommy con doble intención.

—Lo cierto es que consigue buenos empleos.

El señor Barstow, con el único fin de mostrarse amable, dijo al recién llegado:

—Por lo que he oído decir, es usted muy listo.

—Muchas gracias.

Y preguntó a Tommy, con aire de superioridad:

—¿Y tú, Tommy?

—Yo no soy tan listo.

Y siguió comiéndose la sopa.

XII

Comprendió Grace que Tommy estaba disgustado y dijo para halagarle:

—Tommy es un gran negociante. Va a ser muy rico. Acaba de vender unos terrenos a la compañía del ferrocarril.

—¿Para la nueva línea?

—Como comprenderás, no va a ser para la vieja.

—¿Están en Hillsboro esos terrenos?

—No. Están muy lejos de aquí: en Knollwood.

—¿En Knollwood?

—Creo que es eso lo que he dicho.

—Pues si son esos los terrenos que has vendido, ¡pobre del que te los haya comprado!

No pudo evitar el señor Barstow un movimiento de inquietud.

—¿Por qué?

—Porque el ferrocarril no va a pasar por Knollwood.

—¡Caramba! ¿Está usted seguro?

Tommy le dirigió una mirada fulminante:

—No le haga usted caso. ¿Qué sabe él del recorrido que va a hacer el ferrocarril?

—Soy yo el encargado de tender la vía. De modo que ya ves si tendré motivos para saberlo.

—¿Está seguro de que han cambiado de parecer?—inquirió el señor Barstow con creciente inquietud.

—Sí, señor.



—Pues a mí no me han dicho nada.

—Le aseguro a usted que el ferrocarril va a pasar por mis terrenos —dijo Tommy categóricamente.

—Y yo te digo que no. La línea tendrá este trazado.

Sacó un lápiz y buscó un papel para hacer una demostración gráfica.

—Será mejor que lo explique sobre un plano—insinuó Barstow.

—Venga el plano y lo verán ustedes mejor.

—¿Tiene usted un plano, Tucker?

—Pero ¿para qué quiere usted que le diga por dónde ha de pasar el ferrocarril, si lo sabe usted mejor que él?

—Hágame el favor.

—Como usted guste.

Tommy buscó el plano y se lo entregó. Dick se apoderó de él y dijo, al mismo tiempo que trazaba una línea:

—El ferrocarril dará esta vuelta, y Knollwood está aquí. De modo que ya ven ustedes si hay poca distancia de esos terrenos a la vía férrea.

—Eso son cuentos—dijo Tommy despreciativamente.

—Apuesto un año de sueldo a que tengo razón.

—No quiero dejarte en la miseria.

—Dick y mi marido siempre están disputando—dijo Grace, para quitar importancia al incidente.

—Pues yo estaba decidido a adquirir los terrenos de Tucker. Sólo faltaba firmar el contrato.

—¿Como agente de la compañía?

—Sí, por cuenta de ella.

—Entonces siento haber hablado. He estropeado el negocio a un amigo.

—A mí no me has estropeado nada, porque no has dicho más que una sarta de mentiras.

—Lo único que puedo decir es que tus terrenos no valen un comino.

—¡Tú qué sabes!

—Reconozcamos —intervino el señor Barstow—que los ingenieros encargados de tender la línea tienen motivo para saberlo.

—Señor Barstow—replicó Tommy con tono definitivo—, recuerde usted que espero su decisión hasta

esta noche. Mañana dispondré de esos terrenos como me plazca.

—No podrás disponer de ningún modo, porque no valen nada.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? ¡Esto tiene todas las características de un complot!

—¿Qué dice usted, amigo Tucker?— exclamó el señor Barstow extrañado.

—Sí, señor. Me hace usted sospechar que se ha puesto en combinación con este individuo para adquirir los terrenos por cuatro cuartos.

—No acostumbro proceder así con los caballeros que me honran invitándome a sus hogares. Estoy sumamente sorprendido.

—Más lo estoy yo.

—Siento haber causado este trastorno con una verdad —dijo Dick dirigiéndose a Grace.

—Lo que debías haber hecho tú es no venir a esta casa, donde nadie te ha llamado —repuso Tommy.

—Mi amistad con Grace.

—El dueño de la casa soy yo.

—Lo mejor será que nos mar-

chemos—dijo el señor Barstow, en vista del cariz que tomaba la cosa.

La señora de Barstow se levantó al mismo tiempo que su marido.

—Yo también me marchó—dijo Dick.

Ya tenía el sombrero en la mano el señor Barstow, cuando se detuvo para suplicar a Tommy:

—Concédame usted hasta mañana para darle la respuesta.

—El plazo, señor Barstow, termina esta noche, a las doce en punto, y no estoy dispuesto a concederle un minuto más.

Dick estrechaba la mano de Grace, que no podía disimular su congoja.

—Adiós, querida. Estoy verdaderamente apenado.

—Adiós, Dick.

Después fué la señora de Barstow la que le estrechó la mano.

—Siento de verdad lo ocurrido, señora Tucker.

—Y yo también.

En cambio, para Tommy sólo tuvieron los visitantes ligeras inclinaciones de cabeza.



XIII

Apenas se cerró la puerta, Grace se echó a llorar desconsoladamente.

Tommy intentó consolarla.

—¿A qué vienen esas lágrimas?

—Comprenderás que no es ningún porvenir que nos hayamos quedado si un céntimo.

—Tienes más fe en Dick que en tu marido.

Y en las palabras de Tommy había un tonillo de reproche.

—No sé por qué te empeñas en censurarlo, después de sus demostraciones de que está bien enterado de las cosas.

—¿De veras crees que está bien enterado?

—¿Por qué lo he de dudar? Tiene un empleo excelente.

—¿Estás segura?

—Lo cierto es que nos hemos quedado en la miseria. Hemos perdido hasta mis bonos de la Libertad.

—Pero, ¿no dijiste que...?

—También habías dicho tú que íbamos a ser ricos y no lo somos. Tendré que seguir cosiendo mi ropa. Y tú seguirás sin tener camisa que ponerte. Dick siempre dijo que tú no servías para los negocios. He aquí la prueba de que tenía razón.

—¡Calla! No me vuelvas a nombrar a ese tipo, porque me están dando ganas de ir a romperle la cabeza.

—¡Bastante me has humillado ya esta noche!

—Pues lo que es tú, no te has quedado corta. Sólo ha faltado que dieras a Dick un beso.

—¿Y qué, si se lo hubiese dado?

—¡Pues nada, que le hubiera roto en la cabeza la única fuente que nos queda!

—No creo que se dejara pegar sin darte lo suyo.

—¡Buena opinión tienes de mí!

—Mira, Tommy—exclamó Grace, cada vez más excitada—. Lo mejor es/que te acuestes.

—¡Pero da la casualidad que no quiero acostarme! Me parece que voy a salir esta noche. Y si no regreso, puedes presentarte a cobrar mi seguro de vida.

—¡Cuántas sandeces estás diciendo, Señor!

—Vale más pegarse un tiro que quedarse en este mundo pasando miserias y haciendo participar de ellas a los demás. ¿No es esa tu opinión?

—Mi opinión es que me duele la cabeza.

—¡Yo te probaré que valgo cien veces más que ese majadero de Dick Loring! Pronto vendrá a implorar un préstamo.

—Espéralo sentado.

—A ti te gusta porque es un fanfarrón.

—Un fanfarrón que te ha demos-

trado estar más enterado de todo que tú.

—¡Ese no sabe ni siquiera dónde tiene el pie derecho! Y al que le parezca lo contrario, es porque adolece del mismo mal.

Por toda respuesta, Grace se levantó y se dirigió a su habitación, de donde regresó con el sombrero puesto y un maletín en la mano.

—¿Adónde vas?

—A mi casa. No puedo continuar aquí sin exponerme a sufrir un ataque de nervios.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Eso lo veremos.

—¡Claro que lo veremos! No saldrás de esta casa.

—¿Quién me lo va a impedir?

—Yo.

—Vamos a verlo.

Se dirigió a la puerta. La detuvo Tommy cogiéndola de un brazo tan fuertemente, que ella lanzó un grito.

—¡Suéltame! Me has hecho daño.

Y se echó a llorar.

Tommy se arrepintió de su rudeza.

—Perdóname. No quería lastimarte.

Y añadió con decisión:



—Pero te aseguro que Dick Loring no logrará separarnos.

—No se trata de Dick Loring, ahora. Es que me has hecho la vida insoportable a tu lado y me marchó con mi madre.

—Tú lo que tienes es la manía del viaje. No puedes estar cinco minutos seguidos en un mismo sitio.

—¿No? Pues bien he pasado un año en esta casa, mientras tú ha-

cías “brillantes negocios”. Pero esto se ha acabado. No quiero estar aquí ni un minuto más.

—Oye bien lo que voy a decirte—repuso Tommy adoptando una grave actitud—. Si te vas de esta casa, será para siempre. Ahora haz lo que quieras.

—La elección no es dudosa. Adiós.

Y salió dando un portazo.

#### XIV

Tommy quedó sobrecogido. ¡Se había marchado! ¿Después de tal escena, cómo dudar de que no le amaba?

Y una amargura infinita invadió su corazón.

Había vivido engañado. ¡Un año entero que él había creído de felicidad y que resultaba de farsa!

En sus paseos por el comedor, se encontró de pronto ante la repisa de la chimenea. Sobre ella descansaba aún la copa de cóctel que Grace no había podido tomarse.

La cogió y tomó un sorbo. Nunca le había sabido tan bien la bebida.

Aun tenía la copa en la mano, cuando salió Hattie de la cocina.

—¿Cuándo he de servir la ensalada?

—Nunca.

—¿Es que no les gusta la ensalada?

—¿No ves que no hay nadie? Ya se han marchado todos.

—¿Sí?

Fué a tomar un segundo sorbo de la copa, pero Hattie le detuvo.

—No beba eso tan caliente. Yo le prepararé uno fresquito.

—¡Has tenido una gran idea!... Prepara muchos. ¿Qué más da uno que ciento?

—Eso mismo dice mi madre.

—Tu madre tiene mucho talento.

Estuvo bebiendo no sabía cuánto tiempo. Llamaron a la puerta. El mismo abrió y se encontró frente a frente con el señor Barstow.

—Aquí me tiene usted otra vez, señor Tucker.

—Ya lo veo — repuso Tommy, sonriendo con indiferencia.

¿Qué le importaba ya el ferrocarril, sus terrenos ni nada en el mundo, si se le había marchado Grace llevándosele su corazón?

—¿Está usted solo? ¿Es que se ha acostado ya su esposa?

—Sí. Y aquí me tiene usted tomando una copa.

Hubo un silencio.

—Quiero hablarle con toda franqueza, señor Tucker, y pedirle perdón por mi equivocación.

—Si de eso depende su felicidad, está usted perdonado—contestó Tommy, siempre en el tono del que está hablando de lo que no le interesa.

—Gracias. Realmente he sufrido una equivocación. Creí de buena fe que ese Dick Loring sabía lo que estaba diciendo.

—¡Ese no sabe nada de nada!—repuso Tommy con una mueca de desprecio.

—En efecto, acabo de comunicar telefónicamente con el presidente de la compañía y me dijo las treinta mil contra su amiguito.

—Ese no es amigo mío.

—Dijo que no acostumbra discutir los proyectos con sus subordinados.

—¡Eso tiene mucha gracia! Pero todavía me hubiera gustado más que le llamara esclavo.

El señor Barstow se llevó la mano a la cartera.

—Aquí tiene usted un cheque certificado por veinticinco mil dó-



lares. Mañana, cuando reciba las escrituras de la propiedad, le entregaré el resto.

Tommy tomó el cheque y se limitó a decir:

—Celebro que se haya convencido usted de que ese tipo es un fanfarrón y un embustero.

—La verdad es que me ha sorprendido.

Y comprendiendo que Tommy estaba de mal humor, decidió dejarle.

Otra vez se quedó a solas Tommy con sus cócteles. Ahora tenía además en la mano aquel cheque que utilizaba a modo de abanico, pues las continuas libaciones comenzaban a hacerle hervir la sangre.

—¡Soy un gran negociante! — exclamó—. Pero como bebedor no estoy quedando muy bien. Es preciso que beba mucho, para que se me quite este frío que me ha quedado en el alma.

Y apuró de un trago una copa llena.

Estuvo un buen rato paseando y murmurando palabras difíciles de entender.

Sólo se percibía entre ellas con cierta claridad los términos "Dick

Loring", "negocios", "fortuna", "desengaño".

Y en esta especie de delirio se hallaba cuando salió Hattie de la cocina, con el sombrero puesto.

—Nada tengo que hacer ya aquí y me voy a mi casa.

—Me parece muy bien. Necesito estar completamente solo.

—¿Quiere pagarme el dólar que me debe por mi trabajo?

—Un dólar, no. Te voy a pagar cinco. Aquí los tienes.

Hattie se emocionó:

—No puedo aceptar tanto dinero.

—Haz un esfuerzo, a ver si lo consigues.

—Lo tomaré, pero no diga nada a la señora.

—A ella no le importaría.

Le mostró el cheque.

—¿Ves este papel? Pues representa nada menos que veinticinco mil dólares.

Los ojos de la negrita se abrieron desmesuradamente. No creía que pudiera existir tanto dinero reunido en el mundo.

—Todos serían para ella si estuviera aquí. Pero como no está...

—Creí que la señora estaba durmiendo.

—Tal vez esté durmiendo, pero en el tren.

—Es muy triste lo que usted me está contando—dijo Hattie, sin olvidarse de plegar el billete y guardárselo.

—¡Y tan triste como es! Todos nos dijeron que el primer año de matrimonio era el más difícil. ¡Cuánta razón tenían!

Dió otro sorbo de cóctel y preguntó a la negrita:

—¿Piensas casarte?

—Tengo una buena proporción, pero estoy indecisa.

—Pues si te decides, no te cases hasta el segundo año.

En vista de que Tommy perdía cada vez más el equilibrio, Hattie decidió retirarse, y allí quedó el esposo abandonado, ahogando su pena entre sorbo y sorbo de cóctel.

XV

Estaba Grace pensativa cuando entró su madre.

—¿Estás ya preparada para ir a la iglesia?

—No tengo ganas de ir, mamá.

—Pues es preciso que vayas. ¿Qué dirá la gente?

—Es que tengo que escribirle a Tommy.

—¿No crees que podría llegar hoy?

—No sé.

—Sí lo sabes. Estás muy segura de que no ha de llegar, puesto que piensas escribirle. De lo contrario, no le escribirías.

La insistencia de su madre co-



menzaba a irritar a Grace, que no sabía qué contestar.

—Dijiste que no tardaría en venir, y de eso hace cinco días.

—El asunto de los terrenos le retiene. Es un negocio difícil.

—¿No podría suceder que haya sido demasiado difícil y lo haya perdido todo?

—Estando aquí no puedo saberlo, mamá.

—Demasiado que lo sabes. Lo que sucede es que no quieres decirme nada. Este viaje tuyo se me presenta cada vez más envuelto en el misterio. Dijiste que Tommy te había enviado delante y que él llegaría un par de días después. Dijiste que érais muy felices y que los negocios de tu marido marchaban cada vez mejor. Y ahora no sabes cuándo vendrá Tommy, no tienes ganas de salir a la calle y aceptas la posibilidad de que haya perdido su dinero. ¿No comprendes que todo eso es para hacer pensar lo peor a cualquiera?

—Ya te dije que quería darte una sorpresa.

—Pero ¿cuándo?

—Ten paciencia y no me hagas preguntas. De lo contrario habré de creer que te molesto aquí y que

tienes ganas de que me vaya. Si es así, me iré.

—¡Hija mía, no se te puede decir nada! ¡Ahí te dejo hasta que se te pase el mal humor!

Al bajar se encontró con su esposo en el vestíbulo.

—¿Estás lista para ir a la iglesia?

—Pero ¿no ves que hasta los guantes tengo puestos?

—Perfectamente. Pero antes es necesario que yo tenga mi periódico. Sin haber leído el periódico, no puedo ir por la calle.

—Eso son manías.

—Tal vez, pero necesito el periódico y voy a buscarlo.

—Espera un momento. He de hablarte de una cuestión que podría ser grave.

—¿Grave? Me asustas.

—Estoy muy preocupada con Grace.

—¿Por qué?

—Me oculta algo.

—¿Qué es lo que te oculta?

—Si lo supiera, sería señal de que no me lo ocultaba.

—¡Ahí viene el vendedor de periódicos! ¡Le oigo vocear!

—Bueno, hombre. Te dejaré el

periódico. Todos los días te lo deja.

—¿Tú crees?

—¿Quieres escucharme o no?

—Sí, mujer. Te escucho.

—Pues, como te estaba diciendo, el viaje de Grace encierra un misterio. Ella trata de ocultarlo, pero yo creo que están arruinados.

—¿Tommy también?

—Si lo está ella, ¿cómo quieres que no lo esté Tommy?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo deduzco yo de mil detalles.

—¡Bah! No juzgues sin pruebas.

—¿Quieres más pruebas que el hecho de que nuestra hija no tenga apenas ropa que ponerse?

—En efecto, es para hacer pensar mal a cualquiera. Si quieres que te diga la verdad, no me extraña que estén arruinados. Fué una locura marcharse de aquí.

—Pero lo hecho, hecho está. En vez de pensar en ello, debemos de preocuparnos de hallar la forma de que regresen a nuestro lado.

—¿Para que los mantenga yo? Eso sería muy cómodo para ellos.

—No vamos a consentir que se mueran de hambre.

—¡Claro que no lo vamos a consentir!

—Hay una solución magnífica.

—¿Cuál?

—Compra el negocio que tenía Tommy y devuélveselo. ¡Le iba tan bien!

—¿A eso llamas una solución magnífica? Para ellos lo es indudablemente.

—¿Recuerdas que era un compañero de bridge ideal?

La evocación llegó al alma del padre de Grace. El bridge y los periódicos eran los únicos placeres de su apacible vida. Pero el primero tenía su predilección. Si Tommy regresara, ¡qué partiditas de bridge echarían por las noches!

—Bueno. Compraremos el negocio que fué de Tommy para que vuelva a ser suyo.

La buena madre sonrió llena de felicidad.

—Debes ir a hablarla en seguida—propuso.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque la irrita.

—Es verdad. No me acordaba de que eres capaz de exasperar a un santo.

—Debes hablarle en seguida.



—Lo mismo me da ahora que después.

—Voy a llamarla.

La señora de Livingston se acercó al pie de la escalera y desde allí dió una voz a su hija.

—¡Grace! ¡Tu padre quiere hablar contigo!

Después se volvió a su esposo y le dijo en voz baja:

—Mucho cuidado, no la vayas a ofender.

—¿Soy yo o tú quien ha de hablarle?

—¡Tú, hombre, tú!

Y callaron, porque se oían los pasos de Grace en lo alto de la escalera.

XVI

El señor Livingston se encaró con su hija:

—Vamos a ver: ¿qué es lo que pasa?

—No sé qué quieres decir, papá.

—Te lo preguntaré más claro. ¿Verdad que Tommy está arruinado?

A Grace le pareció inútil seguir negando.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó.

—No era necesario que me lo dijera nadie. Sabía desde el primer día que esto había de ocurrir. Fué una locura que os marcharais del pueblo. Tú has tenido la culpa de todo.

Grace estaba a punto de echarse a llorar ante la dureza con que la

R E C I E N C A S A D O S

trataba su padre, pero éste añadió a tiempo:

—En este pueblo hubiera salido adelante. Menos mal que todavía llegaremos a tiempo de reparar el error. Pienso comprar para él el negocio que antes tenía. Puedes escribirle diciéndole que se venga en seguida.

—No puedo pedirle que regrese —replicó Grace con un gesto de su herido orgullo.

Esto hizo perder al señor Livingston sus escasas dotes de diplomático.

—¿Esas tenemos? Pues si esperas que te mantenga yo, estás muy equivocada.

—Está bien—repuso Grace prorrumpiendo en sollozos—. Me marcharé inmediatamente.

Y ya se iba a dirigir a su habitación para preparar su menguado equipaje, cuando entró el doctor en la casa y Grace prefirió tomar el camino de sus brazos.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido, tío de mi alma! ¡Sólo tú eres capaz de comprenderme!

Tranquilizado por este arranque de cariño, que aseguraba la permanencia de Grace al lado de ellos, el señor Livingston, después de dar

a su cuñado la bienvenida, salió en busca de su periódico.

—Pero ¿qué sucede, sobrina?

—Tengo que decirte una cosa, tío.

—¿Muy importante?

Grace movió la cabeza afirmativamente, mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo.

—Vamos a ver. Soy todo oídos.

La había conducido hasta un sofá, donde la obligó a que se sentara, haciéndolo él a su lado.

—¿Me vas a hacer ya la revelación?

—Sí.

Tenía la cabeza baja. No se atrevía a levantar la vista del suelo. Intentó hablar, pero se detuvo. Después de algunas vacilaciones, acercó sus labios al oído del doctor y reveló su gran secreto.

Una mezcla de emoción y de alegría se expandió por el semblante del doctor, que acababa de obtener la revelación realmente maravillosa.

—¡Bendita seas!—exclamó.

Y añadió en voz baja:

—Benditos seáis los dos, es decir, los tres.

La señora de Livingston, que ya no podía contener su curiosidad, se



acercó a los que con tanto secreto dialogaban.

—A todo esto, no nos has dicho cómo te ha ido el viaje.

—¿Cómo quieres que me vaya? Ya sabes lo que es una junta de médicos.

—Te esperábamos hace dos días.

—Es que me detuve en el camino a hacer una visita.

—¿Algún compañero de profesión?

—No. La visita fué para Tommy.

Grace se estremeció.

—¿Has visto a Tommy?

—Sí.

—¿Cómo le has encontrado?

—No tan bien como hubiera querido. Pero todo se ha solucionado satisfactoriamente.

—¿Ha estado enfermo?

—Sí.

—¿De qué?

—Un envenenamiento.

—¡Dios mío!— exclamó Grace aterrada—. ¿Intentó suicidarse?

—No. Es que no sé qué demonios bebió. Pero ya te he dicho que todo se solucionó satisfactoriamente.

te. A estas horas se encuentra completamente bien.

—Sin embargo, es preciso que vaya a verlo. ¡Pobre Tommy! Le abandoné cuando más me necesitaba. El remordimiento me durará toda la vida.

Pero en este momento apareció el señor Livingston con el periódico.

—¡Una gran noticia!

—Estamos hablando de Tommy, que es más interesante — intentó atajarle su esposa.

—Pues de Tommy habla el periódico.

—¿De Tommy?

—Y de mí. Ahora veréis.

Y leyó en voz alta.

UN JOVEN  
DE ESTA LOCALIDAD HACE  
UN BRILLANTE NEGOCIO

*La compañía del ferrocarril que está tendiendo una nueva línea en las cercanías de Joplin, ha pagado cien mil dólares por unos terrenos propiedad de Tomás Tucker, yerno de nuestro distinguido vecino don Federico Livingston.*

XVII

La noticia había producido en los que la escuchaban el efecto consiguiente.

El señor Livingston exclamó:

—¡Ya decía yo que Tommy era muy listo!

Y preguntó al doctor:

—¿A ti qué te parece?

—No me ha sorprendido, porque lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo Tommy.

—¿Tommy?

—Sí. Ya te lo explicaré en otra ocasión. Ahora he de marcharme.

Se marchó, en efecto. La señora de Livingston se lamentó:

—¡Ahora que Tommy es rico,

resulta que Grace y él han reñido!

—¿Reñido? No me habías dicho nada.

—Porque no lo sabía. Acabo de enterarme.

El señor Livingston se lamentó también, dirigiéndose a su hija:

—¡Pues sí que has elegido un momento para reñir!

—¿Qué tren vas a tomar?

—Ninguno — repuso Grace resueltamente—. No pienso ir.

—¡Pero si hace un momento que estabas pensando en arreglarte la maleta!

—Ahora es distinto. Le dejé cuando le creía arruinado. No puedo volver ahora que sé que es rico.



—¡Si tú no vas, iré yo!—dijo, enérgica, la madre.

Su esposo la cogió del brazo.

—Ya hablaremos de eso cuando volvamos de la iglesia. Ahora vamos a satisfacer la curiosidad de los vecinos. Estarán en ascuas por enterarse detalladamente del gran negocio de nuestro yerno.

Salieron, dejando a Grace sola y pensativa.

En la puerta de la casa se cruzaron con Dick Loring.

—¡Caramba, Dick! ¿Qué novedad es ésta?

—Vengo a saludarles.

—Espéranos. Vamos a misa y no tardaremos en regresar. Grace está en la sala.

—Les esperaré con mucho gusto.

Grace recibió a Dick más fríamente que de costumbre. Después de saber que el negocio de los terrenos se había llevado a cabo felizmente, no le cabía duda de que Dick había mentido aquella noche y se sentía inclinada a creer la acusación de fanfarronería que Tommy había arrojado sobre él.

El estaba un tanto confuso.

—¿Sabes por qué he regresado, Grace?—preguntó él mismo, vien-

do que ella no se lo preguntaba—. Pues porque perdí mi empleo en la compañía. Reconozco que me fuí demasiado de la lengua aquella noche. El presidente se enteró y me dejó cesante en seguida.

Después añadió:

—Haz el favor de decir a Tommy que no cuente nada de este asunto en el pueblo.

—Es difícil que pueda decirle nada a Tommy.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Porque estamos separados.

Dick cobró ánimos instantáneamente.

—¿Y ha dado lugar a la separación teniendo por esposa a una mujercita como tú? Ese Tommy es un necio. No me cabe duda.

Al ver que Grace no conseguía despojarse de su tristeza, la cogió con ademán amistoso por los brazos y le dijo:

—No te preocupes. No faltará en el mundo quien te quiera como tú mereces.

Y en este momento entró Tommy en la sala.

Al ver a Dick en compañía de su esposa, un relámpago de ferocidad

pasó por sus ojos y una palabra le vino a la memoria.

Se fué hacia ellos y cogiendo a Dick por el cuello de la americana, le increpó:

—¡Subordinado!

—¡Tommy! — exclamó Grace con un gesto de evidente alegría.

Pero Tommy ni siquiera la oyó. En aquel momento, lo más interesante para él era solucionar el viejo asunto que tenía pendiente con su fatídico rival.

De un tirón lo echó rodando por el suelo y esperó a que se levantara para volver a acometerlo.

Pero entonces Dick, que tampoco guardaba a Dick la menor simpatía, se aprestó a defenderse y entre ambos quedó entablada una lucha feroz.

Rodaban los dos por el suelo, sin que la victoria se decidiera de un lado ni de otro.

Grace seguía la lucha aterrada y dando gritos que nadie podía oír porque la casa estaba vacía.

Entonces se dió cuenta de que amaba a Tommy y detestaba a Dick, pues con tal de que su marido saliera indemne de la lucha, le habría importado poco que Dick saliera con la cabeza rota.

Y he aquí que para su mirada de esposa amante era Tommy quien estaba recibiendo más duro castigo. Había visto cómo Dick le alcanzaba el rostro varias veces con el puño y aquellos golpes le dolían como si se los propinaran a ella. Dick también recibía lo suyo, pero estos golpes no tenían importancia para Grace.

Tomó una heroica resolución. Cogió un gran florero que había sobre un mueble y se dispuso a ayudar a su marido.

Aprovechando el momento en que Dick estaba arriba y Tommy debajo, arrojó el florero con toda su fuerza.

Pero rápidamente los luchadores habían dado una vuelta y el objeto pesado se hizo trizas contra la cabeza de Tommy, que quedó sin conocimiento.

Dick aprovechó la ocasión para tomar las de Villadiego, y Grace, al ver que la sangre manchaba la cabeza de Tommy, cayó sobre el amado cuerpo, lanzando gritos desgarradores.

—¡Tommy de mi alma! ¡Bien sabe Dios que no he querido hacerte daño! ¡El golpe iba contra el imbécil de Dick!



Le besaba, le abrazaba y no cesaba de gritar.

—¿Qué ocurre?

Alzó Grace la cabeza y vió que el que había lanzado la pregunta era su tío, el doctor, que acababa de llegar.

—¡Ese canalla de Dick! ¡Por Dios, tío! No le dejes morir. ¡Cúralo en seguida!

—Pero ¿cómo ha sido?

—Quería darle un golpe con el florero a Dick y se lo he dado a él. ¿Es grave la herida?

—No tiene importancia. Pero trae en seguida mi maletín.

Mientras Grace preparaba su cama para acostar al herido, el doctor curó la lesión, tan superficial que apenas tenía importancia.

Tommy recuperó en seguida el conocimiento.

—¡Caramba! No sabía que Dick pegaba tan fuerte.

—Lo gracioso es que no ha sido el puño de Loring lo que tú has sentido sobre la cabeza.

—¿Acaso una llave inglesa?

—Nada de eso. Un precioso florero de barro cocido.

—¿Cómo lo ha podido coger, si estábamos los dos en el suelo?

—No lo ha cogido él, sino Grace.

—¿Se lo ha dado ella?

—No. Ella misma lo ha arrojado contra tu cabeza.

Tommy tuvo una sonrisa de sarcasmo.

—¡Es una prueba de cariño!... Usted me persuadió de que regresara. Me aseguró que Grace se arrojaría en mis brazos. Pero en vez de arrojarla ella, me ha arrojado un jarrón. Va un poco de diferencia.

—Es que el jarrón iba contra la cabeza de Dick. Habéis dado una vuelta y se ha estrellado contra la tuya.

—¿Se lo ha dicho así Grace?

—Sí. Me ha dicho eso y otra cosa más importante todavía.

—No lo crea. Ha pretendido justificar su vergonzoso acto de atentar contra mi vida o, por lo menos, contra mi cabeza.

—Estás muy equivocado.

—El que se ha equivocado al decirme que Grace me quería ha sido usted.

Y como ya estaba curado y vengado se dispuso a marcharse.

—Adiós, doctor.

En aquel preciso momento regre-

só Grace. El doctor dijo, con un tonillo de burla:

—Tommy se va y quiere despedirse de ti, Grace.

El anuncio de que su marido estaba dispuesto a marcharse, hizo renacer en el alma de Grace todo su dormido orgullo.

Miró a Tommy con pretendida frialdad y se encontró con la mirada de él, animada de la misma expresión.

El doctor se echó a reír.

—Vosotros sufrís una enfermedad a la que yo doy el nombre de meningitis matrimonial. Cuando pasen algunos años y os acordéis de todo esto, os reiréis tan de buena gana como me estoy riendo yo ahora.

Cogió a cada uno de un brazo y los atrajo hacia su pecho.

—Sólo voy a decirte una cosa, Grace. Cuando fui a visitar a Tommy, lo encontré llorando tu ausencia y diciendo que no podía vivir sin ti. Y a ti, Tommy, también te reservo una gran noticia. Cuando Grace se enteró de que habías estado enfermo, se dispuso a coger las

maletas para volver a tu lado, y dijo que el remordimiento de haberte abandonado cuando más la necesitabas la torturaría toda su vida. Pero no es ésta la gran noticia, Tommy. Lo que de veras te interesará y llenará de emoción, es la nueva de que desde ahora ya no habéis de pensar en vosotros, sino en una tercera personita que Dios os envía a modo de bendición.

Se estremeció Tommy al oír estas palabras. En sus ojos brillaron las lágrimas de la emoción y en su garganta se formó un nudo de felicidades.

—¡Grace de mi alma! ¿Es verdad eso?

—Sí, Tommy.

Y al mismo tiempo que daba esta respuesta con la voz entrecortada por el amor de madre y de esposa, había arrojado los brazos al cuello de su esposo, cuando ya las manos de Tommy se enlazaban por detrás de la cintura de Grace.

Y con aquel abrazo apasionado e intenso ratificaron el pacto de amor que un año antes sellaran ante el altar.

F I N

Exclusiva de venta: Sociedad General Española de Librería. — Barará: 16, Barcelona



# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	¡Nostalgia!	Sevilla de mis amores.	Mamá.
El gran desfile.	La ruta de Singapore.	Horizontes nuevos.	Eran trece.
Miguel Strogoff o el	La actriz.	Ben-Hur (edición popular).	Cheri-Bibi.
Correo del Zar.	Mister Wu.	La incorregible.	Bésame otra vez.
La princesa que supo	Renacer.	El malo.	Camarotes de lujo.
amar.	El despertar.	El pavo real.	Los hijos de la calle.
El coche número 13.	Las tres pasiones.	Bajo los techos de París.	La divorciada.
Sin familia.	La melodía del amor.	Wu-li-Chang.	Madame Satán.
Mare Nostrum.	Cristina, la Holandesita.	Montecarlo.	¿Cuándo te suicidas?
Nantás, el hombre que se	¡Viva Madrid, que es mi	Camino del infierno.	Marianita.
vendió.	pueblo!	¡Mío serás!	El carnet amarillo.
Cobra.	Sombras blancas.	¡Aleluya!	Honrarás a tu madre.
El fin de Montecarlo.	La copla andaluza.	...a mujer que amamos.	Su última noche.
Vida bohemia.	Los cosacos.	Al compás de ¾.	Las alegres chicas de
Zará.	Icaros.	La princesa se enamora.	Viena.
¡Adiós, juventud!	El conde de Montecristo.	Amanecer de amor.	¡Viva la libertad!
El judío errante.	La mujer ligera.	El gran desfile (edición popular).	Malvada.
La mujer desnuda.	Virgenes modernas.	Du Barry, mujer de	El temiente del amor.
La tía Ramona.	El pagano de Tahití.	pasión.	Delicosa.
Casanova.	Estrellas dichosas.	La viuda alegre (edición popular).	Cielo robado.
Hotel imperial.	La senda del 98.	Angeles del infierno.	Amargo idilio.
Don Juan, el burlador	Esto es el cielo.	Cuerpo y alma.	Honor entre amantes.
de Sevilla.	Espejismos.	El impostor.	Para alcanzar la luna.
Noche nupcial.	Orquídeas salvajes.	Esposa a medias.	El hombre que asesinó.
El séptimo cielo.	El caballero.	Esclavas de la moda.	¡Ríndase!
Beau Geste.	Egoísmo.	Petit Café.	La calle.
Los vencedores del fuego.	La máscara del diablo.	Hay que casar al príncipe.	El prófugo.
La mariposa de oro.	El pan nuestro de cada	Inspiración.	Milicia de paz.
Ben-Hur.	día.	El proceso de Mary	Amores de medianoche.
El demonio y la carne.	Vieja hidalguía.	Dugan.	Miguel Strogoff o el
La castellana del Líbano.	Posesión.	En cada puerto un amor.	Correo del Zar (edición popular).
La tierra de todos.	Tentación.	Marruecos.	La hermana de San
Tripoli.	La pecadora.	¿Conoces a tu mujer?	Sulpicio.
El rey de reyes.	El beso.	El millón.	El demonio y la carne
La ciudad castigada.	Ella se va a la guerra.	La mujer X.	(edición popular).
Sangre y arena.	Los hijos de nadie.	Gente alegre.	La dama misteriosa.
Águilas triunfantes.	El pescador de perlas.	Mar de fondo.	Los claveros de la Virgen.
El sargento Malacara.	Santa Isabel de Ceres.	La llama sagrada.	Pareja de baile.
El capitán Sorrell.	Las dos huérfanas.	La ley del harén.	Alma libre.
El jardín del edén.	La canción de la estepa.	La fruta amarga.	Al Capone (Pánico en
La princesa mártir.	El precio de un beso.	Vidas truncadas.	Chicago).
Ramona.	La rapsodia del recuerdo.	La fiera del mar.	Mi último amor.
Dos amantes.	Delikatessen.	Tabú.	Muchachas de uniforme.
El príncipe estudiante.	Del mismo barro.	El pasado acusa.	Marido y Mujer.
Ana Karenina.	Estrellados.	Papá piernas largas.	Mata-Hari.
El destino de la carne.	Cuatro de Infantería.	Trader Horn.	Congorila (fuera de se-
La mujer divina.	Olimpia.	Un yanqui en la corte	rie).
Alas.	Monsieur Sans-Gêne.	del rey Arturo.	Carceleras.
Cuatro hijos.	Sombras de gloria.	El código penal.	Erase una vez un vals.
El carnaval de Venecia.	Mamba.	La pura verdad.	Hombres en mi vida.
El ángel de la calle.	Ladrón de amor.	Maternidad, o el derecho	Niebla.
La última cita.	Molly (la gran parada).	la vida (fuera de serie).	Rebeca.
El enemigo.	El valiente.	Carbón (La tragedia de	Indeseable.
Amantes.	¡De frente... marchen!	la mina).	Tarzán de los monos.
Moulin Rouge.	Prim.	Estudiantina.	El terror del hampa.
La bailarina de la Opera.	El presidio.	Las peripecias de Skippy.	La vuelta al mundo con
Ben Ali.	Romance.	¡Qué viudita!	Douglas Fairbanks.
Los cuatro diablos.	El gran charco.	El camino de la vida.	Chica bien.
¡Ríe, payaso, ríe!	Tempestad.	Noches de Viena.	
Volga, Volga.	El dios del mar.		
La sinfonía patética.	Anne Christie.		
Un cierto muchacho.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## Próximos números:

La emocionante y sentimental producción

## La zarpa del jaguar

por HELEN TWELVETREES, CHARLES BICKFORD,  
ROBERT ARMSTRONG

En preparación:

## CHAMP (El campeón)

por WALLACE BEERY y JACKIE COOPER

¡Un film formidable!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Acaba de aparecer con gran éxito  
la nueva publicación

## EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Asuntos selectos, escogidos entre  
los mejores

NÚMEROS PUBLICADOS:

**LA LOTERIA DEL DIABLO**

por Elissa Landi, Victor Mac  
Laglen, etc.

**LA CONDESA DE MONTECRISTO**

por Brigitte Helm

**AMOR PROHIBIDO**

por Adolphe Menjou y Bárbara  
Stanwyck

**UNA MUJER DE MALA FAMA**

Mary Christians, Hans Stowe, etc.

**UNA NOCHE EN EL PARAISO**

por Anny Ondra

Nutrido texto - Interesantes ilus-  
traciones - Lujosa presentación

Precio: 50 céntimos

¡No se deje sorprender!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis. • BARCELONA

Esta semana  
aparecerá el nuevo  
e ilustrado

## CATALOGO

de las  
inimitables

**EDICIONES ESPECIALES**

de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Pídalo desde ahora y se  
le remitirá, por riguroso  
turno,

**GRATIS**



***¡Este mes, dos acontecimientos,  
con motivo de Fin de Año!***

## **LOS AMORES DE JOSE MOJICA**

Magnífica novela. Sensacionales revelaciones. Entreviú  
Cartas. Anécdotas

Recopilación por el prestigioso escritor

**J. B. VALERO**

Ilustraciones de gran tamaño

Precio popular: **1 peseta**

**Ediciones Especiales Fuera de Serie**

La última producción del famoso artista

## **JOSE MOJICA**

con MONA MARIS y ANDRES DE SEGUROLA

## **EL CABALLERO DE LA NOCHE** (Dick Turpin)

Asunto que cautivará a todos los públicos  
Inspiradas canciones

Precio popular: **1 peseta**

***¡Haga sus pedidos desde ahora mismo!***

## **EDICIONES BISTAGNE**

publica lo mejor entre lo mejor

Pasaje de la Paz, 10 bis

-:-

BARCELONA



E. B.

**Precio: Una peseta**